

LA
GAZETA
DE LA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MORENO

*** BOLETÍN IMPRESO ***



edición
especial

40 años
de "Carta Abierta
de un Escritor
a la Junta Militar",
de Rodolfo Walsh

24 de marzo de 2017

ISSN: 2545-7632

DIRECCIÓN DE COMUNICACIÓN INSTITUCIONAL:
ALEJO CORDARA

STAFF:

SEBASTIÁN HERMOSA ACUÑA
NATACHA MISIAK
PABLO PENELA
DANIELA A. RAMOS ESPINOSA
LEONARDO RABINOVICH

ISSN: 2545-7632



© UNM Editora, 2017
Av. Bartolomé Mitre 1891, Moreno (E17440HC), prov. de Buenos
Aires, Argentina
(0237) 466-7186 / 1529 / 4530
(0237) 488-3151 / 3147 / 3473
(0237) 425-1786 / 1619
(0237) 462-8629
(0237) 460-1309
Interno: 154

unmeditora@unm.edu.ar
<http://www.unm.edu.ar/editora>

La edición en formato digital de esta publicación se encuentra
disponible en:
<http://www.unm.edu.ar/repositorio/repositorio.aspx>

40 años
de "Carta Abierta
de un Escritor
a la Junta Militar",
de Rodolfo Walsh

24 de marzo de 2017

RECTOR
Hugo O. ANDRADE

VICERRECTOR
Manuel L. GÓMEZ

SECRETARIA ACADÉMICA
Adriana M. del H. SÁNCHEZ

SECRETARIO DE INVESTIGACIÓN, VINCULACIÓN
TECNOLÓGICA Y RELACIONES INTERNACIONALES
Jorge L. ETCHARRÁN

SECRETARIA DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA
M. Patricia JORGE

SECRETARIO GENERAL
V. Silvio SANTANTONIO

CONSEJO SUPERIOR
AUTORIDADES
Hugo O. ANDRADE
Manuel L. GÓMEZ
Jorge L. ETCHARRÁN
Pablo A. TAVILLA
M. Patricia JORGE

CONSEJEROS

CLAUSTRO DOCENTE:
Marcelo A. MONZÓN
Javier A. BRÁNCOLI
Guillermo E. CONY (s)
Adriana M. del H. SÁNCHEZ (s)

CLAUSTRO ESTUDIANTIL:
Rocío S. ARIAS
Iris L. BARBOZA

CLAUSTRO NO DOCENTE:
Carlos F. DADDARIO

PRESENTACIÓN

Moreno, 24 de marzo de 2017

40 años de “Carta Abierta de un Escritor a la Junta Militar”, de Rodolfo Walsh

El 24 de marzo de 1977, el escritor y periodista Rodolfo Walsh redactó la “Carta Abierta de un Escritor a la Junta Militar”. El texto, escrito el día en que se cumplía un año del inicio del último golpe militar, se convertiría en un emblema de resistencia al régimen de terror impuesto por la dictadura y en un documento histórico imprescindible sobre aquellos años.

Este 24 de marzo 2017, se cumplen 40 años de la escritura de esta misiva y el 25, de la desaparición de su autor, detenido por un grupo de tareas de la ESMA cuando distribuía ejemplares en buzones de calle.

En conmemoración de estas fechas, la Universidad Nacional de Moreno comparte la Carta y los cuentos pertenecientes al «ciclo de los irlandeses», que Walsh escribió inspirado en su experiencia juvenil en Instituto Fahy en Moreno.

Nacido en la provincia de Río Negro el 9 de enero de 1927, Rodolfo Walsh llegó a Buenos Aires en 1941 para realizar sus estudios secundarios. Pasó primero por el colegio de la Asociación Católica Irlandesa radicado en Capilla del Señor pero más tarde se trasladó al Instituto Fahy, también de los hermanos maristas de la misma congregación en la localidad de La Reja, el cual aún continúa su tarea educativa.

Por aquel entonces, era un colegio para pupilos varones destinado a los hijos y descendientes de familias de ascendencia irlandesa.

Sus experiencias de vida de este tiempo y lugar sirvieron a Walsh para ambientar tres cuentos que formaron un ciclo de obras: “Irlandeses detrás de un gato”, “Los oficios terrestres” y “Un oscuro día de justicia”. Los tres cuentos fueron publicados por primera vez por separado en distintos libros (el primero, en *Los oficios terrestres*, de 1965; el segundo, en *Un kilo de oro*, de 1967 y el tercero, en un volumen propio de 1973, con una entrevista realizada por Ricardo Piglia a modo de prólogo).¹

Rodolfo Walsh fue un intelectual profundamente comprometido con las luchas de su tiempo. Su legado incluye una obra literaria de profunda riqueza, que lo elevó entre los más grandes escritores argentinos. En el 40° aniversario de la publicación de su memorable carta y, en el marco de la conmemoración del Día Nacional de la Memoria por la Verdad y la Justicia, la Universidad Nacional de Moreno comparte este material especialmente reunido.

Universidad Nacional de Moreno

1. Posteriormente, fueron reunidos y publicados en forma conjunta en otras ediciones.

INDICE

“Irlandeses detrás de un gato”	7
“Los oficios terrestres”	16
“Un oscuro día de justicia”	21
“Carta Abierta de un Escritor a la Junta Militar”	31



IRLANDESES DETRÁS DE UN GATO

Rodolfo Walsh

El chico que más tarde llamaron Gato apareció sin anuncio ni presentaciones contra la pared norte del patio, durante el último recreo anterior a la cena. Nadie sabía desde cuándo estaba acurrucado junto a la ventana de la galería que comunicaba los claustros. En realidad, allí no tenía nada que hacer, porque era a fines de abril y las clases habían estado funcionando un mes entero, devorando la última luz del fastidioso otoño interrumpido por largos y aburridos periodos de lluvia. Estaba oscureciendo y el patio era muy grande, consumía el corazón mismo del enorme edificio erigido en los años diez por piadosas damas irlandesas. La penumbra, pues, y el vasto espacio que ni siquiera ciento treinta pupilos entregados a sus juegos podían empequeñecer, explican que nadie lo viera antes. Eso, y la propia naturaleza oculta del recién venido, que lo impulsaba a permanecer distante y camuflado, con su cara gris y su guardapolvo gris contra el borrón de la pared más alejada del comedor hacia el que, insensiblemente, habían ido deslizándose durante los últimos veinte minutos las bolitas, la arrimadita y la payana.

El chico parecía enfermo, su rostro era como un limón inmaduro espolvoreado de ceniza. Aún no había cumplido doce años, era muy flaco y los primeros que se le acercaron vieron que los ojos le brillaban febrilmente. Tenía una manera de moverse extraña e inhumana, hecha de bruscos arranques y fogonazos de pasión, o lo que fuera, mezclados con el más sutil escurrimiento, alejamiento, de un cuerpo sinuoso y evasivo. Era alto, y sin embargo podía parecer mucho más pequeño gracias a un solo movimiento, en apariencia, de la cintura y de los hombros, como si no tuviera huesos a pesar de su flacura. Todo esto resultaba inquietante y ofensivo.

Este chico al que más tarde llamaron el Gato y que en pocas horas más iba a revelar una porción tan inesperada de su naturaleza gatuna, había viajado la mayor parte del día, y toda la noche anterior, y el día anterior, porque vivía lejos, con una madre que iba envejeciendo, con la que estaban rotos los puentes del cariño y que al traerlo lo paría por segunda vez, cortaba un ombligo incruento y seco como una rama, y se lo sacaba de encima para siempre. Es cierto que en el último minuto, cuando lo dejó en la rectoría con el padre Fagan, consiguió derramar unas lágrimas y besarlo tiernamente, pero el chico no se engañó con eso, porque él mismo lloró un poco y la besó, y sabía perfectamente que tales gestos no importan mucho fuera del momento o el lugar que los provocan o estimulan.

Lo que predominaba en la mente del chico era una perseguidora memoria de caminos embarrados bajo una amarilla luz de miel, de pequeñas casas que se desvanecían y de hileras de árboles que parecían las paredes de ciudades bombardeadas; porque todo eso había pasado continuamente ante sus ojos durante el largo viaje en tren y se había sumergido de tal modo en su espíritu que aún de noche, mientras dormía a los sacudones sobre el banco de madera del vagón de segunda, había soñado con esa combinación simplísima de elementos, ese paupérrimo y monótono paisaje en que sintió disolverse a un mismo tiempo

El chico que más tarde llamaron Gato apareció sin anuncio ni presentaciones contra la pared norte del patio, durante el último recreo anterior a la cena. Nadie sabía desde cuándo estaba acurrucado junto a la ventana de la galería que comunicaba los claustros. En realidad, allí no tenía nada que hacer, porque era a fines de abril y las clases habían estado funcionando un mes entero, devorando la última luz del fastidioso otoño interrumpido por largos y aburridos periodos de lluvia. Estaba oscureciendo y el patio era muy grande, consumía el corazón mismo del enorme edificio erigido en los años diez por piadosas damas irlandesas. La penumbra, pues, y el vasto espacio que ni siquiera ciento treinta pupilos entregados a sus juegos podían empequeñecer, explican que nadie lo viera antes. Eso, y la propia naturaleza oculta del recién venido, que lo impulsaba a permanecer distante y camuflado, con su cara gris y su guardapolvo gris contra el borrón de la pared más alejada del comedor hacia el que, insensiblemente, habían ido deslizándose durante los últimos veinte minutos las bolitas, la arrimadita y la payana.

El chico parecía enfermo, su rostro era como un limón inmaduro espolvoreado de ceniza. Aún no había cumplido doce años, era muy flaco y los primeros que se le acercaron vieron que los ojos le brillaban febrilmente. Tenía una manera de moverse extraña e inhumana, hecha de bruscos arranques y fogonazos de pasión, o lo que fuera, mezclados con el más sutil escurrimiento, alejamiento, de un cuerpo sinuoso y evasivo. Era alto, y sin embargo podía parecer mucho más pequeño gracias a un solo movimiento, en apariencia, de la cintura y de los hombros, como si no tuviera huesos a pesar de su flacura. Todo esto resultaba inquietante y ofensivo.

Este chico al que más tarde llamaron el Gato y que en pocas horas más iba a revelar una porción tan inesperada de su naturaleza gatuna, había viajado la mayor parte del día, y toda la noche anterior, y el día anterior, porque vivía lejos, con una madre que iba envejeciendo, con la que estaban rotos los puentes del cariño y que al traerlo lo paría por segunda vez, cortaba un ombligo incruento y seco como una rama, y se lo sacaba de encima para siempre. Es cierto que en el último minuto, cuando lo dejó en la rectoría con el padre Fagan, consiguió derramar unas lágrimas y besarlo tiernamente, pero el chico no se engañó con eso, porque él mismo lloró un poco y la besó, y sabía perfectamente que tales gestos no importan mucho fuera del momento o el lugar que los provocan o estimulan.

Lo que predominaba en la mente del chico era una perseguidora memoria de caminos embarrados bajo una amarilla luz de miel, de pequeñas casas que se desvanecían y de hileras de árboles que parecían las paredes de ciudades bombardeadas; porque todo eso había pasado continuamente ante sus ojos durante el largo viaje en tren y se había sumergido de tal modo en su espíritu que aún de noche, mientras dormía a los sacudones sobre el banco de madera del vagón de segunda, había soñado con esa combinación simplísima de elementos, ese paupérrimo y monótono paisaje en que sintió disolverse a un mismo tiempo sus ideas y sueños de distancia, de cosas raras y desconocidas y gente fascinante. Su desilusión en esto tenía ahora el tamaño de la infatigable llanura, y eso era más de lo que se atrevía a abrazar con el solo pensamiento.

Exigencias más urgentes vinieron luego a rescatarlo. El padre Fagan lo transfirió al padre Gormally, y el padre Gormally lo llevó al borde del patio enmurado, inmerso, hondo como un pozo, rodeado en sus cuatro costados por las inmensas paredes que allá arriba cortaban una chapa metálica de cielo oscureciente -esas paredes terribles, trepadoras y vertiginosas- y le mostró los ciento treinta irlandeses que jugaban, y cuando volvió a mirar las paredes verticales, él que nunca había visto otra cosa que la llanura con sus acurrucadas rancherías, una sensación de total angustia, terror y soledad lo poseyó. Fue sólo una erupción de puro sentimiento, que le puso de punta cada pelo de la piel; algo parecido a lo que siente la piel de un caballo cuando huele un tigre en el horizonte. Tal vez comprendió que estaba a punto de conocer a la gente de su raza, a la que su padre no pertenecía, y de la que su madre no era más que una hebra descartada. Les temía intensamente, como se temía a sí mismo, a esas partes ocultas de su ser que hasta entonces sólo se manifestaban en formas fugitivas, como sus sueños o sus insólitos ataques de cólera, o el peculiar fraseo con que a veces decía cosas al parecer comunes, pero que tanto perturbaban a su madre.

A primera vista, sin embargo, parecían completamente inofensivos esos chicos campesinos, pecosos, pelirrojos, de uñas y dientes sucios, bolsillos abultados de bolitas, medias marrones colgando flojamente bajo las rodillas, con sus amarillos botines Patria de punteras gastadas por la costumbre de patear piedras, latas y pelotas de fútbol, plantas, raíces de árboles y hasta sus propias sombras; piernas fuertes y macizas bien calzadas en esos pesados botines trituradores, cazadores, que uno (él) veía instintivamente apuntados a sus tobillos, o a la parte blanda de la rodilla, donde el agua se junta y se hincha durante semanas.

Lo cierto es que ahí estaba ahora, el Gato acorralado, contra una ventana, y por supuesto lo primero que dijo Mulligan, que parecían mandar el grupo, cuando lo vio allí acurrucado, como listo para saltar, y no queriendo saltar sin embargo, no queriendo pelear, ni siquiera hablar, lo primero que se dijo, tal vez en su idioma, tal vez en el idioma de su madre que él oscuramente comprendía, dijo Mulligan:

Hé, parece un gato, y cuando hubo obtenido la razonable cuota de reconocimiento y de risa, y el sobrenombre quedó pegado para siempre al chico que desde entonces llamaron el Gato, inciso en su corazón o en lo que fuera más receptivo al castigo y a la burla, en cualquier cosa que se abriera como un tajo para recibir el cuchillo (porque la herida está allí antes que el cuchillo esté allí, la parte blanda antes que la parte dura, la carne antes que la hoja), cuando estuvo así marcado y al fin sabiendo lo que era, alguien, que podía ser Carmody, Delaney o Murtagh, dijo:

Cómo te llamas, pibe, planteando el terreno, firme para ellos y para él desconocido, porque pudo sospechar que una pregunta tan sencilla tenía un sentido oculto, y por lo tanto no era en absoluto una pregunta sencilla, sino una pregunta muy vital que lo cuestionaba entero y que debía meditar antes de responder, antes de seguir, como siguió, un curso oblicuo y propiciatorio, antes de decir O'Hara -como dijo.

Pero el nombre ofrecido no quiso hundirse, simplemente flotó como una manzana descartada o una papa podrida flotan en el río. Se lo tiraron de vuelta, chorreando desprecio y exasperación:

Ese no. Tu verdadero nombre, como si fuera transparente para ellos. Entonces dijo:

Bugnicourt,

que era, ése sí, el nombre de su padre, al que nunca amó ni siquiera conoció bien, un hombre perdido para siempre en las arenas movedizas del agrío recuerdo y la invectiva, su memoria pisoteada por los hombres que siguieron, un fantasma apenado que tal vez espía a través de los agujeros de

la ácida memoria a la mujer que fue su esposa y después, sin explicación, se volvió la puta del pueblo, pero una puta piadosa, una verdadera puta católica que llevaba al cuello una cadena de oro con una medalla de la Virgen María.

¿Qué clase de nombre es ése? ¿Sos polaco? -y en seguida, con sombría sospecha-. ¿Judío?

No -gritó-. No soy judío -profundamente lastimado, sintiendo por primera vez ese impulso de arañar a ciegas cuyo síntoma fue que flexionó suavemente los dedos, como si los guardara y replegara hasta sentir el filo de las uñas en las palmas.

¿O'Hara es tu madre? -preguntaron.

Sí.

¿De dónde es?

De Cork. Cork en Irlanda.

Corcho -tradujo Mullahy, que sabía geografía-. Un corcho en el culo -mientras el Gato se movía inquieto en la penumbra, y luego, con repentina decisión, se anotaba el primer punto, su primera movida exitosa frente a la batalla inminente y la pregunta inevitable.

Mi madre es una puta -dijo sin afectación y así los demoró un instante, horrorizados, incrédulos o secretamente envidiosos de la audacia que permitía decir una cosa como ésa, capaz de hacer temblar el cielo donde planeaban con sus grandes alas membranosas las madres invulnerables y de precipitarlas en un monstruoso cataclismo.

Oyeron eso -murmuró Kiernan, indagando en la general consternación, en el silencio, en la distancia abierta que ahora sólo podía franquear un jefe.

Bueno, Gato -dijo Mulligan-. Bueno, Gato -dijo-. Eso me gusta. Sos el polaco, el franchute o el judío más cojonudo que conozco. Lo único que tenés que hacer ahora es pelear con uno de nosotros, después te dejaremos estar y hasta nos olvidaremos de tu vieja, aunque sea una yegua que coge.

No quiero pelear -repuso el Gato-. Estoy cansado.

No tenes que pelear conmigo, Gato, yo podría hacerte tiras con una mano atada. Vas a pelear con Rositer, que no tiene más que un buen juego de piernas, pero no pega con la zurda, y al fin y al cabo es un pajero.

Déjenme solo -dijo el Gato-. No quiero pelear con nadie.

Pero si te pegamos, Gato -dijo Mulligan-. Si yo te pego. No vas a hacer un papelón, y además tenemos

que saber en qué lugar del ranking te ponemos, o vos te crees que esto es un quilombo.

No sé -dijo el Gato, y de pronto le vieron en la cara una sonrisa extraña, soñadora y cenicienta-. ¿No podríamos dejarlo para mañana? -tomándolos nuevamente de sorpresa.

Parecieron deliberar, sin decir nada, las preguntas y las respuestas iban y venían en el parpadear de un ojo, el tic de una mejilla, una larga y acalorada discusión sin palabras, hasta que nació un consenso, no el resultado de una votación democrática, sino del peso y la autoridad que fluían por sus canales naturales, hasta que los últimos remolinos de disenso se desvanecieron y el lago de la conformidad mostró su cara inocente y pacífica.

Está bien -dijo Carmody, porque esta vez fue él quien, frente a la pesada inmediatez de Mulligan, inclinó la balanza-. Está bien -desconcertado, sin saber por qué condescendía, si no era por el aguijón de lo nuevo e inesperado y en consecuencia teñido, aún en perspectiva, con algo de lo diabólico. Ahora, de todos modos, era el custodio de la voluntad general y se proponía hacerla cumplir.

Pero otros, por disciplinados que estuvieran en la aceptación de esa voluntad general se alarmaron. Sólo alguien que fuese absolutamente extraño a ellos, más, alguien que en verdad participara de la condición de un Gato, podía postergar una de piñas. Por lo tanto, pensaron, esto ya no era un juego, si es que alguna vez lo había sido.

Y así ocurrió que Carmody, después de imponer su punto de vista, quedó malparado, resbalando sobre un ilusorio punto de equilibrio, sintiéndose abandonado e incapaz de evitar nada de lo que pudiera seguir. Porque tal es la naturaleza de las inciertas victorias que se ganan sobre oscuros pálpitos del corazón.

Mulligan sintió volver la marea, esa honda corriente que hace el prestigio.

Eh, Gato -dijo-. Eh, ¿cómo es que llegas tan tarde al colegio?

El Gato lo miró de frente y algo parecido a una partícula de ceniza, un diminuto destello, pareció moverse en cada uno de sus ojos.

Estaba enfermo -respondió, y ahora retrocedieron, como si temieran tocarlo. El Gato lo sintió, una fugitiva sonrisa volvió a jugar en su cara flaca y hambrienta; con asombrosa previsión se lanzó sobre ese fragmento de la suerte, lo arrebató, lo manejó como una pelota atada a una gomita.

Tiña -dijo, y sacudió la cabeza, y les mostró. El que me toca se jode -tocándose, en honda burla y parodia de sí mismo.

De nuevo retrocedieron, sin dejar de mirar, y a la luz del crepúsculo creyeron ver en la cabeza del Gato manchas amarillas y grises, y más tarde Collins aseguró que eran como algodón sucio o flores de cardo. Todo el mundo comprendió entonces que la cosa sería más difícil de lo que pensaban, porque el corazón humano se resiste a golpear llagas infestadas o males escondidos, y la índole del obstáculo que ahora los frenaba era, más o menos, del mismo orden que impide o impedia en viejos tiempos levíticos que un hombre toque a su mujer en ciertos días.

Con la cabeza agachada el Gato subrayaba su ventaja y se reía por dentro, observándolos desahacionadamente desde sus ojos curvados hacia arriba, eligiendo a éste o aquél para los futuros días de la retribución y del placer gatunos, porque no menospreciaba la caza ni ignoraba las mudanzas del tiempo.

Los puños se abrieron, ola tras ola de placer desahacionado, de legítima excitación robada escalaron como nubecitas de humo las vertiginosas paredes. En mitad de ese asombro sonó la campana llamando a cenar. Formaron sin ganas contra la pared del comedor, bajo los ojos saltones e inyectados del celador de turno que -certeros para atrapar el motivo central de cualquier desgracia- llamaban la Morsa, por esos dos incisivos que, como largas tizas, quedaban siempre a la vista, aun cuando cerrara la boca. Sin que nadie se lo indicara, el Gato encontró su lugar en la fila, y ese lugar que encontró sin previo ensayo le cuadraba perfectamente de modo que ahora quedaba inadvertido entre Allen y O'Higgins, aunque la fila entera sentía su presencia impune como un ultraje.

Después del rezo, el Gato comió despacio. Bajo la lámpara de pantalla verde, entre los azulejos y sobre las mesas de mármol, en esa enfermiza y espectral blancura que daba al comedor el aire de una sala de hospital, su aspecto no mejoró. Parecía más enfermo, ladino y gris, incómodo para mirar, irradiando esa escandalosa certeza de que uno no podía ser él, bajo ninguna circunstancia y mediante ningún esfuerzo de la imaginación, mientras que podía ser Dashwood, o Murtagh, o Kelly, casi sin desearlo, como en efecto ocurría a veces. Su ajenidad era abominable, y los seis chicos sentados con él en la última mesa, que eligió con la misma precisión con que había tomado su lugar en la fila, apenas se decidían a comer. El guardapolvo nuevo del Gato brillaba con un lustre metálico y verdoso, usaba corbata negra y el cuello de su camisa estaba arrugado. Pero lo que más impresionó a los que realmente se atrevieron a inspeccionarlo

fue el largo, largo cuello, y la forma en que se arrugaba cuando ladeaba de golpe la cabeza, y el espectro, el fantasma, la adivinada y odiosa sombra de un bigote gris. Era feo el Gato.

Luego los platos y las fuentes quedaron vacíos, y todos los ojos vacíos miraron al frente, y a una sola señal de la Morsa, la conversación murió. Exteriormente, nada había ocurrido. Sin embargo, en el alma misma del rebaño acababa de producirse un cambio. Silenciosamente, entre el primero y el séptimo y el último bocado de la sémola friolenta, blancuzca, apelmazada que noche a noche mantenía al pueblo con vida, sus líderes fueron derrocados, mediante un proceso desconocido inclusive para ellos. Mulligan y Carmody lo supieron, aunque nadie dijo una palabra. Habían fallado ante su gente, y otros desconocidos aún, ocupaban sus lugares. Así debía ser. El pueblo no quedaba ligado por la palabra dada en un momento de debilidad por un sentimental fracasado como Carmody.

¿Lo adivinó el Gato? Apenas tragó la última cucharada, sus pies comenzaron a moverse sin ruido, pedaleando sobre el piso en un estacionario corre-corre-corre, como un ciclista que se entrena o un boxeador haciendo sombra contra el cercano futuro que se agranda, zambulléndose en la corriente de los hechos, siendo arrastrado cada vez más lejos por su propia ansiedad, corriendo en una amortiguada pesadilla.

La Morsa lo sintió también mientras rondaba el callado comedor, poniéndose cada vez más colorado, sintiendo la necesidad de decir algo, oliendo oscuramente el aire asesino, enfureciéndose, hasta que al fin se paró frente a todos y barbotó:

¡Pórtense bien, ustedes! ¡O les rompo el alma a patadas!

Y de este modo se expuso a un silencio ridículo.

Salieron al patio y la noche y volvieron a ponerse en fila. Había en el aire un mensaje de los campos tras las altas paredes, un aroma dulzón que el Gato sintió, y entonces miró al cielo que en ese preciso momento, siete de la noche, fines de abril de 1939, ostentaba una Cruz majestuosa y una proliferante Argonave.

Pero el suelo era de piedra, grandes lajas de pizarras grises o celestes, pulidas por el tropel de las generaciones hasta un hermoso acabado de finas vetas, extendiéndose lejos hacia las gráciles arcadas de los claustros que brillaban casi blancos contra el mar de sombra que empezaba detrás. En algún momento del día había llovido, quedaban charquitos de agua en las hondonadas de la piedra, y el Gato los cotejó contra las suelas de sus botines nuevos, mientras algo todavía refrenaba a la Morsa, que no daba la orden de romper

filas, y por un momento pareció que volvería a hablar, pero al fin se encogió de hombros, dio la orden y el Gato saltó.

Saltó, otros dicen que voló por encima de sus cabezas, elevándose tal vez dos yardas, y la fuerza de su quemante impulso lo llevó hacia adelante como en un sueño, planeando, cinco, diez yardas, navegando sobre su flotante guardapolvos hasta que al fin tocó la piedra y las punteras de fierro de sus botines arrancaron de la dormida piedra un chaparrón de chispas, un doble chorro de fuego, signo por el cual fue reconocido más de una vez en esa larga noche, cuando ya parecía haber desaparecido para siempre. ¡Fogoso Gato! ¡Tu terrible desafío aún vibra en mi memoria, porque yo era uno de ellos!

¡Pero qué fue más admirable, ese espantoso salto, o la serena determinación con que Irlanda mandó al frente a sus guerreros! Fácilmente se desplegaron, casi a paso de marcha, Dolan en una punta, Geraghty en el centro, el pequeño pero ingenioso Murtagh a retaguardia, y este único y sencillo movimiento bloqueó todas las posibles retiradas y siguió invisible hacia adelante, entre la renovada prestidigitación del dinenti y el candor del hoyo-zapatero y las conversaciones que disimulaban todo, de suerte que ni siquiera los ojos adiestrados de la Morsa (siempre al acecho de algo que mereciera castigo excepcional) vieron otra cosa que ese enloquecido chico nuevo, el Gato, que como un rayo pasaba en diagonal hacia el claustro de la derecha.

En algún lugar del patio se oyó el sonido de la armónica, que Ryan tocaba en un agudo bailarín y gozoso, como un pifano guerrero, alentando la fiebre del combate. A la izquierda Murtagh corrió un poco, apenas lo bastante para taponar la galería entre los claustros, y llegó a tiempo para ver la sombra del Gato, a sesenta yardas de distancia en el extremo opuesto.

El Gato probó allí la primera cucharada de un amargo dilema. A su derecha estaba la puerta abierta de la capilla, exhalando un enfermizo olor a cedro, cirios y flores marchitas. Se asomó y vio a un cura muy viejo arrodillado ante el altar, murmurando una oración o, tal vez, durmiendo en voz alta, con los ojos cerrados. A su izquierda el largo corredor, con una puerta de vidrio que daba a la rectoría y la agazapada sombra de Murtagh en contraluz. Y al frente, una escalera que se internaba en la oscuridad. Subió ciegamente.

Murtagh abrió una ventana de la galería y con el pulgar hacia arriba hizo una seña a Geraghty, que aguardaba sin prisa en el centro del patio. Geraghty, a través de anónimos mensajeros, comunicó la novedad a Dolan, que se había quedado muy atrás,

a la derecha del largo semicírculo de cazadores, y sobre quien había descendido silenciosamente el águila del mando. Dolan reflexionó y dio sus órdenes. Mandó a Winscabbage, que era estúpido pero de anchas espaldas, a retener la encrucijada que tanto había desconcertado al Gato e impedir a toda costa su regreso. Después transmitió a Murtagh la señal de tomar sus propias disposiciones, y Murtagh llamó al pequeño Dashwood y le ordenó que se quedara allí y gritara si venía el Gato, porque el pequeño Dashwood no podía pelear a nadie, pero era capaz de exorcizarse los propios demonios del aullido. Hecho esto, la línea entera se replegó, mientras los jefes se reunían para deliberar y escuchar el consejo de Pata Santa.

Pata Santa Walker tenía una pierna más corta que la otra, terminada en un botín monstruosamente alto, rígido, inanimado como un tronco muerto que arrastraba al caminar, y una noble cara afilada y olivácea de ojos visionarios. No era un líder y nunca podría serlo, aunque aseguraba descender de reyes y no de pobres chacareros de Suipacha, pero la intensidad y concentración de sus ideas lo sustraían al círculo de la piedad en que otros simples desgraciados -un epiléptico y un albino, dos rengos más y un tartamudo- chapoteaban.

A Pata Santa le sobraba tiempo para pensar mientras los demás jugaban al fútbol o al hurling, y los líderes tenían que escucharlo.

Subirá al dormitorio -vaticinó como si realmente estuviera viendo al Gato-, y después irá hacia atrás.

¿Y después?

Puede aparecer a nuestra espalda. Si lo dejamos bajar, lo perdemos. Se convierte en uno de nosotros.

Hay que mantenerlo arriba -concordó Murtagh.

Dolan mandó a Scally y Lynch a cubrir las otras dos salidas del patio.

El Gato estaba ahora en una trampa. Cuatro lados, cuatro ángulos, cuatro escaleras, cuatro salidas, todas custodiadas. Moviéndose cautelosamente en la oscuridad, encontró un descanso y una puer-tita de madera que daba al coro. Se asomó y vio una vez más el altar, el cura inmóvil, el Cristo sangrante y repulsivo y el par de arcángeles de plumas azules sosteniendo candelabros eléctricos. En el coro había un órgano empinando la silueta en la penumbra y rosetas de vidrio que daban a alguna parte de la noche y del cielo. Pero algo ajeno a él mantenía al Gato en movimiento; retrocedió, siguió subiendo y volvió a encontrarse en los ángulos rectos de la decisión. A su izquierda había una larga serie de puertas que se abrían sobre un pasillo; a su derecha, un dormitorio

con dos hileras de camas blancas. Se acurrucó, reflexionó, después, caminó sigilosamente por el desierto dormitorio, la interminable perspectiva de camas. No había luz, salvo dos bombitas de veinticinco vatios, separadas por cincuenta pasos, como dos grandes gotas traslúcidas de sangre. El Gato se asomó a una ventana, vio un parque con luz de estrellas, oscuros pinos y araucarias, el portón de entrada por donde había venido con su madre y, más lejos, el blanco camino pavimentado y la señal del ferrocarril que cambiaba de rojo a verde. Así que ése es el sur, pensó, pero no exactamente el sur. Bajó la vista al camino de guijarros; la distancia era siete u ocho veces la altura de su cuerpo, y de todas maneras él no quería volver al sur. Ahora trató de recordar el aspecto que tenía el edificio cuando lo vio por primera vez esa tarde, pero no pudo, y maldijo la estéril emoción que bloqueaba ese recuerdo. Su madre iba de regreso al pueblo en un tren lejano.

En el patio la Morsa se paseaba frenéticamente, persiguiendo la persecución, exigiendo una parte en la invisible ceremonia, pero cada movimiento sospechoso resultaba pertenecer a un juego inofensivo que, cuando se paraba a preguntar, se le aferraba en forma de otras preguntas inocentes, dirigidas en debida y respetuosa forma a un superior y adulto, robándole tiempo y atención, embotando su iniciativa y de ese modo impidiéndole ubicar la zona donde verdaderamente transcurría el mal. En eso también la comunidad era astuta, su población civil distraía al enemigo o al intruso. Y así la Morsa no descubrió nada y supo que no iba a descubrir nada a menos que mentalmente pudiera identificar al jefe, pero apenas pensó en Carmody lo vio a cuatro pasos de distancia, cambiando el Pez Torpedo por Bernabé Ferreyra, y en seguida vio a Mulligan junto a la pared midiéndolo con la palma chata sobre el suelo las chapitas de la arrimada. Así que maldijo en voz baja, sabiendo que debía esperar casi una hora antes de tocar la campana para el rosario, y volvió a maldecir contra la luz fangosa del patio e incluso contra esas viejas piadosas y amarretas de la caritativa Sociedad de San José. Fue entonces cuando en el centro del patio estalló una falsa gresca, y al amparo de esa conmoción Dolan y sus secuaces de derramaron por la escalera posterior de la derecha, mientras Murtagh y los suyos iban por la izquierda seguidos por la armónica que alternaba el fino sentimiento de Mother Machree con el denuedo de Wear on the Green.

Arriba el Gato siguió avanzando hasta encontrarse nuevamente en un ángulo recto, en un rellano, mirando hacia abajo, a la sombra, y queriendo tomar una decisión. Bruscamente resolvió probar las defensas allí y bajó como una catarata.

Desde el centro del patio, donde la ilusoria pelea

se desvanecía rápidamente en presencia de la Morsa, la escena se vio así: primero hubo un grito penetrante, luego un breve choque, y en seguida el pequeño Dashwood salió despedido, pateando y gimiendo como un cachorro loco. En el acto se formó a su alrededor un círculo, y entonces todos observaron la marca del Gato: una serie de profundos rasguños, paralelos y sangrientos, en su mejilla derecha. McClusky y Daly ocuparon silenciosamente su lugar, mientras otros lo llevaban al surtidor para lavarle la cara y oírle decir:

¡Le pegué! ¡Le pegué! ¿No me quieren creer?

Se corrió la voz: el Gato había golpeado. Ahora las caras estaban sombrías, pero nadie perdió su valor.

Tras enfrentar y aporrear a Dashwood, el Gato desanduvo su camino. La pelea estaba ahora dentro de él, se derramaba por su sangre en una incesante, incontenible filtración. Sentía su propio olor, acre, humeante, inhumano, como el que deja un rayo al golpear la tierra, y un deseo casi intolerable de matar y huir, de hacer frente y volver a golpear y huir nuevamente, que le inundaba el cerebro y lo dejaba a merced de oscuras corrientes que fluían insensatas por su cuerpo. Se sentía transportado y repelido, se agazapaba y se zambullía y se ocultaba y volvía a cargar sin un momento de reflexión, nadando en esa poderosa corriente de miedo y de odio mientras dejaba atrás otro pasillo y otra hilera de puertas que probó y encontró cerradas con llave menos una, fileteada de luz, que filtraba una música lánguida y envolvente, y que no quiso probar. Escuchó allá delante un tropel de pasos, se apelotonó y rodó al interior de un baño, el hedor de una letrina, y oyó pasar voces amortiguadas y llenas de excitación, "Por aquí, tiene que haber venido por aquí". El Gato adivinó que enseguida volverían, las aletas de la nariz empezaron a temblarle, llegó a pensar Aquí no, y salió antes que la red terminara de cerrarse.

Lo vieron, giraron sin prisa, como si estuvieran seguros de que ahora no podría escapar. Ese pausado movimiento asustó más al Gato que una arremetida, y aun antes de volver a saltar comprendió por qué: habían dejado un retén en el descanso. Eran dos y lo esperaban, sólidos, incommovibles, sin miedo, con las piernas bien separadas, los puños enarbolados. "Venga, gatito" dijo uno. "Vamos, minino, ahora tiene que pelear." Vio la brecha entre ambos y se zambulló, y ese movimiento tan simple volvió a tomarlos desprevenidos porque eran peleadores a golpe de puño que no concebían otro tipo de lucha.

El Gato cayó sobre el codo derecho y el hueso propagó por todo su cuerpo un instantáneo ramaje de dolor. Sus perseguidores se habían precipitado sobre sus piernas y no sólo lo golpeaban a él sino que se daban entre ellos. Ahora el Gato estaba

parado, arrastrando a uno que se aferraba a su guardapolvo, y los demás venían a toda carrera. El Gato hizo un solo movimiento con la cabeza, una breve media vuelta, y el hueso de la frente chocó en carne blanda, que podía ser una mejilla o un ojo. El otro chico no gritó ni soltó el guardapolvo hasta que se desgarró, y ese gran pedazo de tela gris fue llamado la Cola del Gato y llevado en triunfo desde entonces como un trofeo, un estandarte, un anuncio de la próxima victoria.

Pero el Gato estaba libre y corría hacia una puerta, y detrás de la puerta otra larga sala penumbrosa con dos hileras de camas, y mientras corría, de una cama tras otra se alzaban espectrales sombras que se sentaban y lo miraban con ojos huecos como los muertos saliendo de sus tumbas, y fue entonces cuando sus ferrados botines volvieron a arrancar de los mosaicos de la enfermería un doble surtidor de chispas y por primera vez imaginó que eso no estaba ocurriendo, pero no se paró, una nueva inyección de pánico se resolvió en otro gigantesco salto y de ese modo había llegado a la cuarta esquina en lo alto del mundo.

En el patio la Morsa se había apoderado de Dashwood y lo sacudía sin conseguir que hablara o por lo menos que dejara de balbucir una absurda invención de haberse golpeado contra una pared. Lo dejó parado en el centro del patio y por un momento pensó en llamar en su ayuda a Dillon que estaría en su pieza leyendo novelas policiales o escuchando vals en su viejo fonógrafo, pero no lo llamó. Puedo arreglarme, pensó. Y luego: Yo les voy a enseñar, poniéndose al acecho en uno de los claustros hasta que vio una sombra que cruzaba silenciosamente la arcada, diez pasos más lejos. Corrió tras ella, atrapó a Murphy por el cuello y lo abofeteó en la oscuridad. Murphy chilló y la Morsa volvió a abofetearlo.

¿Así que se divierten, eh? ¿Dónde están todos?

¿Quiénes? -gimió Murphy-. ¿Quiénes?

No te hagas el imbécil. Los que persiguen al nuevo.

No sé nada -dijo Murphy-. Tengo que vestirme para la bendición.

Ah, sí -dijo la Morsa dándole un coscorrón en la cabeza.

¡El padre Keven me espera! -chilló Murphy.

Ah, sí -dijo la Morsa, y entonces otra voz a su lado dijo: Ah, sí -y vio la mandíbula de fierro y los ojos helados del padre Keven que con la estola en la mano lo miraba desde la puerta de la sacristía-. Véame mañana, en la rectoría -mientras acariciaba suavemente a su lastimado monaguillo.

Dolan y su estado mayor aguardaban en el cuarto descanso. Oyeron el tumulto en la enfermería y de golpe el Gato apareció cruzando la puerta, se paró y se quedó mirándolos.

Hola -dijo Dolan, que no era alto, pero sí era fuerte y tenía ojos pardos en una cara cuadrada y maciza como la de un bulldog, con un mechón de pelo amarillo, caído sobre la frente, que se sacudía cada vez que hablaba-. Hola -dijo.

Me doy por vencido -jadeó el Gato.

Al oírlo todos se echaron a reír.

Peleo con el que quieran -dijo.

No habrá pelea -dijo Dolan-. Te dimos una chance y no quisiste. ¿Sabes lo que habrá? Te desnudaremos hasta el hueso.

Uno de ustedes tiene que pegar primero -propuso el Gato-. Déjenme pelear con ése.

¿Para qué?

Para que vean que no le tengo miedo a ninguno.

Volvieron a reírse y sin embargo un cuña había penetrado en ese sólido frente, el desafío colgaba como un trapo rojo y el grupo empezó a disolverse en individuos y a deliberar en silencio como antes, mientras el Gato se movía sin moverse, se deslizaba casi imperceptible y resbaloso y gris hacia una puerta oscura, lenta pero rápidamente mejorando su posición, sintiendo contra la espalda la dura pared que le daba una nueva seguridad, la promesa de un redoblado brinco, pero sin quitar los ojos de Dolan, que ahora vaciló un instante, y eso bastó para que alguien saltara al frente diciendo:

Déjenme, y antes que Dolan pudiera oponerse hubo una gran ovación que sólo fue quebrada por el Gato mismo, alzando una mano y ordenando casi a los demás que retrocedieran, cosa que hicieron casi con pesar sintiendo una absurda salpicadura de autoridad que de pronto emanaba del Gato quien al fin se había colocado en guardia, lúgubre y sereno y plantado con justeza, y entonces todos vieron el buen estilo y el perfil medido, el puño izquierdo alargado casi con despreocupación, el dorso del derecho levemente apoyado en la base de la nariz bajo los ojos deslumbradoramente vivos, el Gato que empezaba a girar en círculo alrededor y alrededor de Sullivan, hasta que su espalda estuvo contra el oscuro hueco de la puerta, y entonces simplemente caminó hacia atrás y se fue, jugándoles la última pero más fantástica broma de esa noche.

Aquel refugio final era el lavadero, una gran habitación cuadrada y sofocante con una sola

puerta y una ventana en la que se recortaban sombrías arboledas. En el centro se erguía una enorme máquina de lavar cuyos cilindros de cobre brillaban suavemente en la luz almacenada y reflejada por montañas de sábanas que se alzaban desde el piso hasta el techo exhalando un ácido olor a sueño, transpiración y solitarias prácticas nocturnas. El Gato tropezó, cayó, se hizo una pelota y salió convertido en fantasma hacia la ventana, guiando la caliente ola de persecución que de pronto inundó la estancia con un sordo reverbero de pasos y de gritos. Casi en un solo movimiento abrió la falleba y trepó al antepecho. Una mano lo sujetó, pero ya saltaba hacia la vertiginosa oscuridad.

Diez minutos antes de lo establecido la Morsa tocó la campana llamando a bendición y empezó a meter a todo el colegio en la capilla, casi por la fuerza, yendo y viniendo con prisa frenética a lo largo de la fila, gruñendo y matoneando, "Vamos, vamos, pronto", sin detenerse a contarlos, "Pronto, no se queden dormidos", mientras rezagados y desertores de la cacería volvían trotando y se incorporaban sin ser interrogados, porque mañana habría tiempo para eso, para la distribución de culpas y castigos que esta vez, se prometió apretando los dientes, haría temblar a las piedras, "Pronto, dije", dando un coscorrón al último y allá adelante Murphy prendía las velas del altar mientras el padre Keven salía en oro y esplendor mirando desconfiado hacia la puerta y Dillon bajaba la escalera ajustándose la corbata para recibir su turno con la cara llena de sueño y de estupor.

Después te explico -le dijo-, y empezó a subir por el camino del Gato.

Debajo de la ventana del lavadero había una leñera con techo de chapas que resonó como un cañonazo bajo el impacto del Gato, poblando el aire nocturno de chillidos de pájaros y remotos ladridos de perros. Mientras se incorporaba sintió que se había recalcado el tobillo y recordó la mano que lo había sujetado desviándolo de su línea de equilibrio. Resbaló cautelosamente por la pared del cobertizo, vio las caras blancas de sus perseguidores allá arriba en la ventana y mientras rengueaba hacia un alto cerco de alambre oyó la campana en la capilla que llamaba a bendición, como la serena voz de Dios o como esas otras voces dulces que a veces se oyen en sueños, incluso en los sueños de un Gato.

En el oscuro centro del patio, el pequeño Dashwood estaba olvidado. Sabía que la caza continuaba porque no había visto regresar a los líderes.

Pe un momento deseó correr a la capilla, arrodillarse y rezar con los demás, unir su voz al coro rítmico y cálido que en elogio de la Santa Virgen

María brotaba ahora de la puerta en ondas mansas y apaciguadoras. Pero nadie lo había relevado de su deber. Además, estaba herido en combate y quería saber cómo terminaba. Acalló sus temores y empezó a deambular por el vasto edificio, buscando una señal o un ruido.

Desde el lavadero, Dolan vio al Gato que se alejaba en la sombra. A su espalda se ataban sábanas para formar una larga cuerda, mientras Murtagh y otros bajaban corriendo la escalera y saldrían por los fondos en, quizás, treinta segundos. La lucha no había concluido.

Amargado, sombrío, sentado en una pila de sábanas, Walker callaba y despreciaba. De puro pálpito, gracias a una imaginación infatigable y certera, había conseguido estar en el lugar de la batalla en el momento justo, para que ese montón de imbéciles la dejara evaporarse. No podía correr, como había hecho Murtagh, no podía volar, como en ese mismo instante estaba haciendo Dolan, sólo podía pensar. Tardaría más de cinco minutos en bajar la escalera y salir por el fondo. Su rostro se desfiguraba en una mueca de tormento espiritual al ver cómo los dioses se perfilaban nuevamente contra él.

El Gato no trató de saltar el cerco. Una sola mirada, dada por el tobillo lastimado, el dolor incluido en el circuito de visión, le demostró que era inútil. Además, detrás del cerco estaban el mundo y su casa, adonde no quería volver. Prefería jugar su chance aquí. Se tendió tras una pila de cajones, apoyando la cara en el pasto dulce y frío, y a través de los resquicios de la pila vio los guerreros que se derramaban por el campo, desde el frente y desde el fondo, y luego a Dolan que bajaba flotando como una enorme araña nocturna en su plateado hilo de sábanas. De los vitrales de la capilla venía un manso arroyo de palabras extrañas, destinadas quizás a condoler y aplacar.

Turrís ebúrnea

Pray for us!

pero el Gato no se sintió condolido ni aplacado.

El pequeño Dashwood había encontrado su camino hacia la puerta del frente y salió al penumbroso parque de pinos y araucarias. Ahora temblaba un poco porque estaba completamente solo en un mundo exterior cuyas reglas ignoraba. Nunca se había atrevido a ir tan lejos. De golpe lo asaltó una aguda nostalgia de su madre. No se oía otro ruido que el sordo retemblor de un camión en la ruta o el chistido más agudo de las gomas de un auto, hasta que repentinamente todas las ranas se pusieron a cantar. Dobló hacia la izquierda, canturreando él también, en voz muy baja, para no tener miedo.

Los cazadores se habían desplegado en un amplio semicírculo cuyos extremos se apoyaban en el cerco. Dolan les ordenó algo mientras examinaba el terreno. Vio a la izquierda un gran tanque de agua sobre pilotes de cemento; chorreando sonoramente su exceso en una charca; en el centro, oscuros matorrales; a la derecha, una pila de cajones. En algún lugar de ese semicírculo de ochenta yardas de diámetro debía esconderse el Gato, pero no tenían que apretujarse alrededor sino formar una barrera en terreno despejado hasta encontrar un método que lo sacara de su escondite. Se sentó en el pasto y encendió un cigarrillo mientras pensaba.

En la capilla el padre Keven mostraba la custodia a un soñoliento auditorio. Era un hombre áspero, con una úlcera que lo roía especialmente durante los oficios divinos, lo que sin duda era debido al enfermizo olor del incienso. El celador Dillon miró su reloj y se ubicó junto a la entrada.

La Morsa recorría a la inversa la ruta de la caza. En el descanso del lavadero pasó junto a una sombra acurrucada en la oscuridad, sin verla. Era Walker que había agotado la tortura de la cavilación y se sentía nuevamente guiado por una furiosa certeza que en seguida volvió a ponerlo en movimiento, arrastrando escaleras abajo su pata inútil y pesada como una culpa, tomándose de la baranda y dejándose caer escalón por escalón.

Cuando la Morsa entró en la enfermería, los enfermos se alzaron unánimes en una ola llena de índices y exclamaciones que por supuesto lo mandaron en la dirección equivocada, y cuando lo vieron irse se arracimaron nuevamente junto a una ventana lateral que les permitía observar algo de lo que ocurría abajo. La Morsa bajó por la otra punta del edificio, salió al campo, ambuló, perdido, rumbo a la desierta cancha de paleta.

El Gato vio apagarse las luces de la capilla, después del destello de agonía de los cirios del altar, sintió un flujo de movimiento hacia arriba, una tibia corriente de vida que ascendía rumbo al sueño por sus cauces prefijados, dejándolo solo, él y sus enemigos, ese oscuro círculo señalado de tanto en tanto por la brasa de un cigarrillo. Una raya instantánea de luz recorrió las ventanas superiores del dormitorio. Entonces Dolan dio una orden y una rala hilera de exploradores comenzó a converger sobre el escondite del Gato, mientras los demás se aguantaban en campo descubierto.

El Gato miró hacia el este, vio un manchón de luz cenicienta entre las ramas bajas de los árboles. Estaba saliendo la luna. Su mano apretaba una piedra del tamaño de una manzana mientras el terror volvía a cabalgarle en la sangre.

En el parque, Dashwood se había cansado y extrañado. Su hermosa cara estaba desfigurada por el

zarpazo del Gato, la sentía inflamada y dolorida. De tanto en tanto había creído oír los ecos de la caza, un grito, un acorde suelto de la armónica, pero siempre se había equivocado. Las campanadas de la bendición quedaban muy atrás, entre sus recuerdos de ayer y del pasado en general. Ese corte en el flujo de la realidad lo asustó: bruscamente sintió ganas de correr hacia el camino y no volver más, nunca más. El edificio del colegio se alzaba como un dragón alto y sombrío con su reluciente dentadura de luces en los dormitorios. Quería que su madre lo hiciera dormir. De pronto se sintió muy triste y se sentó en el pasto, metió la mano en el pantalón y empezó a acariciarse. Eso le dio consuelo, una especie de indefinida felicidad, como flotar muy alto sobre los campos y los pueblos, liviano como un chajá que baña su plumaje en la luz del sol y la altura de las nubes, un placer sereno que nunca llegaba a culminar, porque era muy chico para eso, pero ya no le importaba que el dragón avanzara sobre él con sus dientes amarillos y lo devorase.

La parábola de la piedra estuvo medida al centímetro. Silbó aguda en la noche, sin que nadie la oyera salvo el Gato, hasta que chapoteó sordamente en la charca debajo del tanque. Entonces ya nadie quiso escuchar las órdenes y maldiciones de Dolan, el círculo se fundió en una única embestida, la red se disolvió en una sola ola de excitación y coraje, y hasta la armónica asumió los primeros compases de la Carga de la Brigada Ligera, alegrando inclusive el corazón del Gato que ya se arrastraba invisible hacia la leñera, empujaba la puerta entreabierta, se confundía con la tiniebla que olía a humedad y piquillin, a sarcasmo y a refugio.

Allí su suerte lo alcanzó. La puerta se abrió de un golpe o de un grito, y allí estaba Walker, recortado en la luna, arrastrando su pata santa y su quemante aliento, la cara saturnina brillando con la luz de la verdad y la revelación. El Gato se ordenó saltar, pero en cambio gimió, atrapado en el aura supersticiosa que emanaba de su verdugo, en la ley que ordenaba que el más pesado y lento de todos, el que no podía correr ni volar, lo reclamara como presa.

Cuando llegó al lugar Richard Enright, 23 años, por mal nombre la Morsa, la batalla había sido librada, y ganada y perdida. Las sombras de los guerreros seguían filtrándose por las entradas del edificio dormido y la luna brillaba sobre la forma casi insensible del chico que desde entonces

llamaron el Gato, tendido sobre el pasto, diciendo palabras que Enright no intentó comprender. El celador lo miró, terriblemente golpeado como estaba, y comprendió que ya era uno de ellos. La enemistad de la sangre había sido lavada, ahora quedaban todas las otras enemistades. En diez días, en un mes, se convertiría realmente en un

gato predatorio al acecho de tentadores pajaritos. Los aguardaría en un pasillo oscuro, detrás de la puerta de un baño, escondido en un matorral, y golpearía. Si le daban botines de fútbol, trituraría tobillos; si le daban un palo de hurling, apuntaría astutamente a las rodillas. Con un poco de libertad, con un poco de suerte, con un poco de la fiebre del deseo, con un relumbre de la gloria de las batallas, el águila del mando bajaría a su turno sobre él. Y sin embargo Enright sabía que el alma del Gato estaba lligada y sellada para siempre. Trató de imaginar lo que sería cuando fuera un hombre, trató de inducir alguna ley más general. Pero no pudo, no era demasiado inteli-

gente y al fin y al cabo no era cosa suya.

Vamos, pibe -le dijo tomándolo de la mano, ayudándolo a levantar, aguantándose firme contra la mirada fija y sangrienta con que un solo ojo del Gato lo miraba-. Vamos -palmeándole la espalda, como los demás lo palmeaban mañana, la semana que viene-. Parece que perdiste el camino al dormitorio.

El Gato sollozó brevemente, después retiró la mano.

Puedo caminar solo -dijo.



LOS OFICIOS TERRESTRES

Rodolfo Walsh

En la más temprana y cenicienta luz del mes de junio, después de la misa y la escualida ceremonia del café con leche tibio en el tazón de lata que mantenía con vida al pueblo todas las mañanas, el cajón de la basura se alzaba tan alto, poderoso y pleno en la leñera, detrás de la cocina y frente al campo, que el pequeño Dashwood empezó a bailotear y patear el suelo e incluso las tablas del cajón con un ataque torrencial de furia mientras gritaba "Me cago en mi madre", cosa que al fin multiplicó su dolor, cólera y vergüenza, porque amaba a su madre por encima de todas las cosas y la extrañaba cada noche cuando se acostaba entre las sábanas heladas oyendo lejanos trenes que volvían a su casa y lo partían en dos, una mano acariciante y un lloroso cuerpo defraudado.

Pero el Gato meramente ladeó la boca, prendió un pucho y apoyó el largo cuerpo contra la pared, vigilándolo con una ambigua sonrisa que resbaló sobre el pequeño Dashwood como un pincel pintándolo amarillo de burla y desprecio y desquite largamente postergado.

Era el día siguiente al de Corpus Christi, el año 1939, cuando, como es sabido, el sol se alzó sin obstáculos ni interrupciones a partir de las 6.59, cosas que ellos no vieron, ni les importaba, ni resultaba creíble, porque esa luz enferma yacía desparramada sobre los campos en jirones lechosos o flotaba entre los árboles en espectros y penitentes de niebla.

En amaneceres más claros, un horizonte de vascos lecheros, negros, ágiles y vociferantes detrás de las grandes vacas y su aterida cria, se recortaba contra el cielo en los fondos del campo que la caritativa Sociedad de Damas de San José nunca se resignaba a vender —aunque cada año recibía una oferta más ventajosa— porque en su centro se

alzaba alto y desnudo el edificio que ellas mismas construyeron en los años diez para el colegio de pupilos descendientes de irlandeses.

La caritativa Sociedad nos amaba, un poco abstractamente es cierto, pero eso es porque nosotros éramos muchos, indiferenciados y grises, nuestros padres anónimos y dispersos, y en fin, porque nadie sino ella pagaba por nosotros. Pero el amor existió, y de ahí que las Damas en persona vinieran a celebrar con nosotros el día del Cuerpo de Cristo, trayendo consigo al auténtico obispo Usher, que era un hombre santo, gordo y violeta, y ojalá siga siéndolo si no fue sometido contra su voluntad a una de esas raras calamidades que ocurren justamente a cada muerte de un obispo.

El obispo Usher celebró los oficios divinos y después gozamos de un día de afecto casi personal con las Damas, que se desparramaron por el edificio como una banda de cotorras alegres y parlanchinas, queriendo ver todo al mismo tiempo, acariciando tiernamente la cabeza más pelirroja o más rubia y haciendo preguntas extrañas, verbigracia quién construyó el palacio de Emania en qué siglo y qué le ocurrió finalmente a Brian Boru por rezar de espaldas al combate. Curiosidad que originó ese pintoresco pareado de Mullahy, que conocía las reglas del arte poética:

Oh Brian Boru I shit on you!

Pero estas preguntas que sólo el padre Ham podía responder, y no respondió, mientras se ponía cada vez más colorado y sus ojos perforaban su propia máscara de sonriente compromiso, disparando sobre nosotros una oscura promesa de justicia que vendría apenas las Damas dejaran de ser tan encantadoramente tontas y entrometidas, es decir mañana, queridos hijos míos. Aquellas piadosas señoras,

sin embargo, no tomaron nuestra ignorancia a mal, sino como excusable condición de nuestra tierna edad. Y apenas el padre Ham restableció su prestigio demostrando que alguno de nosotros podía sumar quebrados en el pizarrón, ellas recordaron que la fiesta era de guardar, y declarándose enteramente satisfechas de nuestra educación, propusieron suspender la clase, a lo que el padre Ham accedió enseguida aunque sin apagar los fuegos de la mirada: esa pequeña peste de fastidio puesta en cada ojo. Salimos pues, vestidos de azul dominical, al patio de piedra cuyos muros crecían altos hacia el cielo, y jugamos al dinenti y la bolita bajo la mirada cariñosa de las Damas hasta que llegó la hora del almuerzo y entramos en fila al comedor donde dimos gracias al Señor por éstos tus dones y nos sentamos a las mesas de mármol. Allí ocurrió el milagro.

El primero que entró encabezando el equipo de seis que servía las mesas fue Dolan, con una bandeja de asado tan enorme que apenas podía sostenerla, y detrás de él vinieron los otros con nuevas bandejas de asado y montañas de ensalada de porotos, y ya Dolan sacerdote de hecatombes regresaba más cargado que antes con los brazos más abiertos como dibujando un himno de victoria.

Nos refregábamos los ojos. Allí había comida para mantenernos con vida una semana, según los criterios comunes. De modo que empezamos a comer y comer y comer, e incluso el celador que llamábamos la Morsa traicionó en la cara un trasluz de escondido jolgorio mientras nos miraba hundir los dientes en la carne que chorreaba su tibia grasa dorada sobre cada extática sonrisa. Transfigurábamos la memoria del hambre, besábamos la tierra en la tierra harina de cada lúmula blanca, cada transparencia de lechuga, cada fibra memorable a sangre. Pero después, hilera tras hilera de botellas de limonada se asentaron en las mesas, y cuando ocurrió esa cosa extraordinaria, ni siquiera la presencia temible de la Morsa pudo impedir una espontánea demostración del pueblo que se alzó en una ola repentina desde las mesas blancas, aclamando a las queridas Damas, y arriba cada brazo, y abajo, y arriba nuevamente aclamando a la querida sociedad, y nuevamente abajo, arriba, aclamando a la Morsa propiamente dicha, las voces concertadas sonando como el trueno el viento o las rompientes en su libre admisión de felicidad y de justicia sentida en las entrañas. Y la Morsa tragó saliva y abrió la boca como si fuera a decir algo, mostrando así los dos enormes dientes por los cuales era mal nombrado, presa esquiva de la contradicción, aclamado a través de la injuria.

En ese momento, afortunadamente para todos, la gran forma violeta del obispo Usher llenó la puerta, seguida por la forma esquelética nudosa increíblemente alta del padre Fagan, el rector, a quien apodábamos Techo de Paja por el pelo albino

que peinaba simétricamente a los costados de su larga cara de caballo. Y cuando todos volvieron a sentarse y reinó el silencio, el obispo dio un paso al frente y cruzando las manos anilladas y manicuradas sobre el vasto vientre,

—Bueno, muchachos —dijo—, me alegra comprobar que tienen estómagos tan capaces, y solamente espero que no sea necesario usar la sal inglesa que guardamos en la enfermería, detonando una enorme explosión de risa

—cosa que sería de mal gusto, renovada en círculos de incontrolable camaradería, espasmódicos movimientos de pura alegría física que arrancaron lágrimas a los ojos de los más emocionados.

—sin mencionar su dudoso patriotismo.

Y ahora el pueblo entero volvió a alzarse en un solo impulso de amor y de adhesión, aclamando para siempre al querido obispo Usher, que lentamente alzó la regordeta y anillada mano pidiendo a todos que volvieran a sentarse, y componiendo lentamente los rasgos de la cara como si fuese una prenda de vestir donde cada pliegue debe estar en su lugar, que era ya el lugar del orden y de un poco de silencio, por favor.

—Mucho me alegra —dijo— comprobar el magnífico aseo, limpieza y esmero que reinan en este colegio. Aquí vuestro rector me dice que todo es obra de ustedes, que ustedes limpian y lavan y secan y lustran y barren y cepillan los zapatos y hacen las camas y sirven las mesas. Así es como debe ser, porque ninguno de nosotros nació en cuna de seda, y cada hombre honrado debe aprender sus oficios terrestres, y cuanto antes mejor, para ser independiente en la vida y ganarse el pan que lleva a la boca, como nosotros mismos debemos ganarlo, el padre Fagan y yo que les hablo celebrando los oficios divinos y cuidando de vuestros cuerpos y de vuestras buenas almas. Trabajando y estudiando como ustedes hacen, y no olvidando el respeto y la devoción debidos a Nuestro Señor, serán buenos ciudadanos y dignos hijos de vuestra raza, vuestro país y vuestra Iglesia.

Dicho lo cual viró con la majestad de un viejo galeón y se fue viento en popa, pero aun antes que se extinguiera el eco de los últimos aplausos, el pueblo lanzó un asalto general contra los restos del asado, envolviéndolos en pañuelos o pedazos de papel e incluso en los bolsillos desnudos arruinando más de un traje dominguero —lo que venía a ser un comentario o pronóstico sobre la escasez de los días futuros— hasta que la Morsa reprimió a los más recalcitrantes con un par de bofetadas. Pero aun este episodio fue olvidado cuando entraron los secuases de Dolan con cestas de naranjas y bananas amarillas delicadamente matizadas de violeta y dulcemente perfumadas.

Por la tarde, tras el forzado descanso que el festín impuso, hubo un partido de fútbol en que

los dos equipos batallaron fieramente por quedar grabados en el corazón de las Damas, especialmente Gunning, que treinta años más tarde sigue figurando en zonas de la antigua memoria, recortando el oro a la luz de un sol largamente ido, en ese momento único de la chilena que dio a su equipo un aullante triunfo: las piernas en el aire, la cabeza casi rozando el suelo, el botín izquierdo disparando hacia atrás aquel tiro tremendo que entró silbando entre los postes enemigos.

Pero aun mientras esta gloriosa fiesta progresaba, tristeza caía del aire, porque sabíamos que el tiempo se acortaba y que las queridas Damas se irían antes del anochecer, dejándonos de nuevo desmadrados y grises, superfluos y promiscuos, bajo la norma de hierro y la mano de hierro. Así ocurrió, y las miramos irse desde las ventanas de los estudios y los dormitorios, saltando sobre el césped verde como pájaros multicolores, agitando las manos y tirando besos entre las oscuras araucarias del parque. ¡Maravillosas Damas! Alguna de ellas, tal vez, era hermosa y joven, y su imagen solitaria presidió esa noche encendidas ceremonias de oculta adoración en la penumbra de las frazadas, y así fue amada sin saberlo, como tantas, como tantos. Ese efluvio de amor que subía de las camas en movimiento llenó el enorme dormitorio, junto —es cierto— con el acre olor que evocaba las montañas de porotos y sus recónditas transformaciones, enloqueciendo de tal manera al celador O'Durnin que abandonó el lecho enmurallado de sábanas y empezó a rugir, correr y patear, arrancando a los presuntos culpables de su ensimismamiento, acaso del sueño, y batallando por así decir con una invencible nube espiritual.

Los últimos en dormirse oyeron acercarse la lluvia que caminaba sobre las arboledas, sintieron tal vez el olor a tierra mojada, vieron los vidrios encenderse de relámpagos y gotas. Pero ya el grueso del pueblo descansaba, parapetado contra el amenazante amanecer.

Y ahora el Gato, apoyado contra la pared de la leñera, fumaba con una sonrisa de desdén mientras el pequeño Dashwood saltaba y maldecía el cajón de la basura, que debía llevar por primera vez y que nunca había estado tan lleno con los restos de la fiesta: huesos pelados y porotos blanquecinos, compactos bloques de sémola que nadie comió en la cena, colgantes cascara de naranjas y bananas y, coronándolo todo como un insulto, un botín de fútbol con la suela abierta, lengua flanqueada por dientes de hierro. Dashwood mentalmente pesó todo esto contra la invasora, angustiada certeza de que nunca, nunca podrían llevar la enorme carga al basural que estaba, tal vez, a quinientas yardas de distancia, tras los X empapados campos, caminos y distante hilera de cipreses. Pero entonces el Gato tiró el pucho, lo aplastó y mirando a Dashwood desde los amarillos ojos entornados al acecho,

—Vamos, pibe —dijo, agarrando el lado de la izquierda y tomando con la derecha la dura manija de cuero.

Dashwood estaba gordo. Su último oficio terrestre había consistido en servir durante un mes la mesa de los maestros, que era una mesa poblada y diferente donde pudo —a costa de perder el fútbol después del almuerzo y recreo después de la cena— devorar monumentales guisos, conocer exóticas salsas y hasta embriagarse a medias con largos y furtivos tragos de vino, sin contar los panes untados de manteca y de azúcar que guardaba en los bolsillos y que a veces, harto, cambiaba por bolitas o pinturas. De ahí que sus ojos verdes, líquidos, desaparecieran casi en la hermosa cara hinchada, y que los tres pulóveres bajo el guardapolvo le dieran el aspecto final de una pelota gris con pelo rubio. El Gato, en cambio, seguía tan flaco, alto y elusivo como la tarde en que llegó al Colegio, pero un poco más saludable, astuto y seguro de sí mismo, como si hubiera descubierto las reglas fundamentales que gobernaban la vida de la gente y aprendido a extraerles una sombría satisfacción.

Tiró el Gato de su manija y Dashwood de la suya, y mientras el cajón se alzaba lentamente, sintió el chico en cada hueso y tejido e incluso en la fugitiva memoria de pasadas dificultades, lo pesado que realmente era, cómo tiraba hacia abajo con el peso de la tierra o del pecado, de cualquier cosa que quisiera degradarlo y humillarlo.

Se mordió el labio y no habló y salieron al campo y la mañana con el cajón torcido,

una punta rozando el suelo porque el Gato era cinco pulgadas más alto y seguía creciendo mientras Dashwood arqueaba el cuerpo con pasos de cangrejo, hasta que el otro dijo:

—¡Eh, más arriba!, dando a su manija un sacudón maligno que volcó un bloque de sémola sobre el botín del chico, quien ya gritaba:

—¿Qué hacés, boludo, y el Gato volvió a sonreír, mostrando sus dientes manchados, una sonrisa abominable en la cara sembrada de astucia. Y ahora Dashwood sintió desgarrarse lentamente, como una tela podrida, la piel de los dedos atacados de sabañones que ni el agua caliente en la enfermería ni el jugo de cascara de mandarina en los rituales secretos de la comunidad habían podido curar. No quiso mirarse, temeroso de ver el líquido amarillento con, tal vez, un toque de sangre, que rezumaría de la piel.

Dejaron atrás y a la izquierda el tanque de agua, atrás y a la derecha la cancha de paleta y llegaron al primer camino de tierra que Dashwood aprovechó para descansar la carga y observar la mano dolorida donde sólo vio entre los nudillos un breve corte rojo y seco como mica. Pensó que podrían cambiar de lado, pero al cotejar las treinta yardas

que habían recorrido con la extensión de campo nebuloso que los separaba de la meta, desistió. El Gato lo miraba como si fuera un montoncito de bosta.

—¿Esperamos a alguien? —dijo.

Cosa que Dashwood negó, encogiéndose de hombros mientras reanudaban la carga y la marcha, inter-nándose en el campo pelado de hurling continuo a la huerta donde otro grupo de chicos cavaban y sembraban papas, las manos negras de barro y las caras violetas de frío, riendo y bromeando sin embargo, sus gritos ahogados y opacos en el aire opaco. Y cuando estuvieron más cerca, vieron a Mulligan que parecía esperarlos, los brazos en jarras, un gesto indescifrado en la cara picada de viruelas, mientras los miembros del grupo descansaban apoyados en sus palas y una expectativa irónica crecía a su alrededor como en la víspera o la necesidad de una renovada confrontación entre el viejo orden que era Mulligan y el abominable intruso que llamaban el Gato, castigado pero indó-mito desde su memorable arribo al Colegio.

—Eh, Gato —dijo Mulligan—. Eh.

El Gato siguió caminando, llevando con soltura su lado del cajón, con apenas un movimiento lateral del ojo, de la boca o de ambos, una oculta tensión del largo cuerpo.

—Tomá una cosa —dijo Mulligan, que sobrenadaba ahora en el secreto regocijo de los demás, en sus risas sofocadas—. Eh, Gato.

Y de golpe había en su mano una papa grande y terrosa, que de golpe estaba hendiendo el aire en dirección al Gato que meramente se esquivó en un movimiento tan fácil y natural y breve o simple que apenas pareció moverse mientras la papa silbaba a su lado y se estrellaba en la cara de Dashwood:

Quien ahora maldecía con todas sus fuerzas y tomando el botín de fútbol corrió en pos de Mulligan sin esperanzas de alcanzarlo entre las risas y gritos de chacota de todos mientras Mulligan con las manos en las orejas fingía una liebre asustada, hasta que al fin se cansó y enfrentándolo abiertamente grande y poderoso, dijo:

—Bueno, tira.

Dashwood tiró en un gesto fútil y exhausto, erró el cercano blanco por más de dos yardas, y no le quedó otra cosa que volver, jadeando y renegando, al cajón de la basura donde el Gato no se había movido ni reído, ni dicho una palabra, indiferente y gris en la mañana indiferente y gris.

Y ahora, mientras caminaba, el chico sentía un continuo manantial de compasión que surgía en su interior como agua tibia, curando cada dolor y secreta herida inscriptos en el tiempo que podía recordar, y de algún modo igualándolos a todos,

los sabañones de las manos y la muerte de su padre, y cada cosa que perdió y cada ofensa y cada despedida mezclándose en el futuro con la total soledad y tristeza de su muerte, que se ría la cosa más triste de todas, al menos para él. Y el Gato mirando de soslayo notó que el chico lloraba despacito o que, sencillamente, lágrimas iban resbalando por su cara a juntarse con el flujo de la nariz y el aliento brillante de la boca: cosa fea de ver esa hermosa cara hinchada y sucia con el chichón de la frente cada vez más grande y azulado. Pero el Gato no dijo nada porque atesoraba en su corazón la memoria de aquella noche en que fue perseguido casi hasta la muerte, y el pequeño Dashwood era uno de ellos. Así vendrían todos a caer, incluso Mulligan, que empezaba a tenerle miedo a pesar de sus bravatas.

La idea alegró tanto el corazón del Gato, que en un brusco arranque de exultación marcial y anticipo del futuro comenzó a silbar la marcha de San Lorenzo.

Tras los muros del histórico colegio, Scally y Ross habían encontrado la única línea recta en que cabían cincuenta cabeceras de camas, Murtagh sonreía como un mono a su propia cara que realzada a fulgores de moneda le sonreía desde las profundidades de un bronce lustrado hasta la demencia, y Collins aplicaba una sopapa de goma a un reticente agujero de letrina, meditando en cómo su oficio se vería perjudicado durante muchos días por los severos corolarios del banquete.

En el pequeño Dashwood, el esfuerzo de la carga y de la marcha había reflotado sobre la tristeza metafísica con la fuerza de la insumergible actualidad. Una y otra vez pretendió cambiar la mano de posición en torno a la manija de cuero, no sentirla como un alambre que le cortaba la piel y la carne y le llegaba hasta el hueso. Cuando lo asaltó esta idea intolerable, se paró, abandonó un momento el cajón y se miró: la palma no estaba cortada, pero los nudillos sangraban en una forma tonta y acuosa que no era verdadera sangre, sino algo enfermizo, espectral. Fue entonces que propuso formalmente cambiar de lado, y el Gato se negó con un movimiento de cabeza.

—¡Pero no doy más!

—Joderse —repuso estoicamente el Gato.

De modo que Dashwood buscó un pañuelo en sus bolsillos, y envolviéndose la mano con él tornó a alzar el cajón, sintiendo que al próximo paso no podría resistir el dolor desgarrante en el hombro, el estiramiento de los huesos mismos del brazo. Pero aguantó. Lágrimas y mocos se habían secado en su cara endureciéndole la piel. Caminaba en una especie de vigorosa ensoñación, mirando los manchones de niebla que surgían y se disipaban alrededor de sus botines Patria, sintiendo el paso mojado, blando, susurrante que se hundía bajo las

suelas y recuperaba despacio su arrastrada forma, amándola, deseándola y peleando por ella aun bajo el peso de repentina

catástrofe, como él mismo era capaz de hacer, estaba haciendo.

Álamos desfilaban a la derecha, desnudos, flacos y tristes, y Dashwood los veía pasar en la esquina del ojo, pero aún miraba el suelo, las rociadas estrellas de las ortigas, las absurdas florcitas de los macachines, las espirales de la bosta de vaca y los caminos de las hormigas, prolijos y nítidos en el pasto diezmado por las heladas. Pero el aire se volvió dulce cuando atravesaron un trecho de yerbabuena, y de golpe fue verano en su memoria, se bañaba desnudo en el río con los chicos del verano, y la voz de su madre lo llamaba musicalmente en el crepúsculo:

—¡Horaaacio!

—Ya voy —dijo.

—¿Qué? —gruñó el Gato.

En el patio el niño Mullins, armado de un largo espetón de hierro, pinchaba el último papelito del último charco en las lajas de pizarra que ahora brillaban lisas bruñidas y listas para recibir a los obreros que hubieran concluido sus tareas del día. El padre Keven se paseaba por el claustro, contemplando el edificio, gozando de su limpieza y la limpieza de su mente a esta temprana hora, cuando su úlcera estaba tranquila después del reposo nocturno, meditando en la ascética belleza de cada piedra gris empinada en cada piedra gris hasta confundirse con el cielo de peltre. Después oyó al celador Kielty tocar las primeras campanas, y los dignos trabajadores que habían sido lo bastante rápidos, pero también lo bastante eficientes, se volcaron al patio y recrearon los rituales de la apuesta y el desafío, de la prepotencia y la hostil amistad, de la charla absurda y la pres-tidigitación milagrosa: flamantes hallazgos en los espíritus individuales, viejos sedimentos en el viejo corazón del pueblo. En quince minutos más, empezarían las clases.

Llegaron al segundo camino de tierra, habían andado la mitad de la distancia al basural que se divisaba como una lengua marrón detrás de los cipreses, y ahora el Gato mismo pareció sentir el esfuerzo porque apoyó el cajón y se quedó en actitud de reflexionar. Unas cien yardas a la izquierda, corría perpendicularmente otro camino. Y enfrente, un rastrojo de maíz que podían cruzar en línea recta.

—Por aquí —decretó el Gato señalando el rastrojo.

El chico vio instantáneamente lo absurdo que sería caminar entre los tallos secos del maizal que se erguían duros, vidriosos y amarillos en sus túmulos de tierra entre los empapados surcos, pero el Gato parecía tan seguro de sí mismo, tan concen-

trado, la mirada de sus ojos volando casi como un halcón, tendiendo un puente entre ellos y su meta detrás de los cipreses, que no tuvo ánimos ni fuerza para oponerse ni lo hizo salvo en una forma oblicua, empujando despacio hacia la izquierda desde su primer paso, en la vana esperanza de que finalmente llegarían al camino. Y esto el Gato lo entendió, previno, mediante un solo significativo empujón hacia el lado opuesto.

Los tallos y las chalas crepitaban bajo sus pies, el suelo escupía chisguetes de barro y una o dos hojas sueltas latiguearon a Dashwood debajo de las rodillas. Tropezó una vez, luego otra, después de andar a los tumbos se volvió tan metódico que parecía su forma corriente de moverse, hasta que cayó de cabeza en una zanja y cuando se levantó ciego de barro y de furia, simplemente se lanzó sobre el Gato y empezó a aporrearlo, sin llegar jamás a su alta cara aborrecible, a través del muro de sus brazos, a tocar cosa alguna que no devolviera el golpe con triplicada fuerza, hasta que salió patinando y despedido como un cachorro de las patas de una mula. Cuando reanudaron la marcha, sin embargo, el Gato tomó el lado de la derecha y enfilaron oblicuamente hacia el camino de tierra.

Los quince minutos de recreo habían terminado. La sabiduría esquiva y trabajosa aguardaba a los ciento treinta irlandeses en los bancos de madera. El celador Kielty, de quien se murmuraba en secreto que enloquecía poco a poco, vio a los maestros parados en los arcos de los claustros, frente a sus aulas. Su pelo rojo brillaba y su bigote rojo brillaba, y un fuego incesante ardía furiosamente en su cerebro. Pero su única Misión, a esa hora, consistía en tocar la campana por segunda y última vez.

Los chicos corrieron a las filas. El Gato faltaba de sexto grado, y Dashwood de cuarto, aunque eso estaba por descubrirse todavía. Dashwood creyó oír el tañido lejano que llegaba en el aire dulzón, hablándole con tibia voz humana que sólo él conocía, y una vez más respondió:

—Voy, terminando de irritar y de asustar al Gato, que ya dijo:

—Acabala, querés, pero al pequeño Dashwood el Gato había dejado de importarle.

En el último alambrado había una gran telaraña con centenares de gotitas y en el brillo de cada una cabían las arboledas, el campo, el mundo. El Gato la pateó en el centro, el agua cayó en breve chubasco sobre el pasto, y la araña gris trepaba hacia la nada en un hilo invisible. Pasaron entre dos cipreses: el basural estaba a la vista, su indiferente escoria, su pacífica ignominia. Pisaron las primeras botellas y latas enterradas, papeles amarillos y recuerdos de comida terrestre vuelta a la tierra, y mientras vaciaban el cajón de la

basura, oblicuo, poderoso y lleno, algo se vaciaba también en el corazón de los chicos, influyendo lentamente, chorreando en sordo gorgoteo.

Y cuando eso estuvo hecho, el pequeño Dashwood no miró siquiera al Gato sino que empezó a alejarse de él y del basural y del colegio. Sin prisa caminaba entre los tardíos visitantes de la niebla que un viento repentino disipaba a su alrededor, dejando atrás las apacibles vacas, hacia una franja de cielo que se iba volviendo azul en la distancia. Ignoraba dónde estaba, no conocía los puntos cardinales, no había ningún camino a la vista, pero sabía que se estaba yendo para siempre.

El Gato encendió un pucho, metió las manos en los bolsillos y desde lo alto de la pila de basura contempló al chico que se iba, volviéndose más chico todavía.

—Eh, dijo.

Dashwood no se volvió, y el Gato dio unas pitadas más mientras una mueca fea, envejecida, se formaba en su cara.

—¡Eh, idiota!

Pero el pequeño Dashwood balbuceaba una canción que nadie le enseñó y caminaba hacia su madre.

El Gato saltó tras él, y en pocos segundos lo alcanzó, lo tomó del brazo, lo obligó a darse vuelta.

El fugitivo lo miró sin miedo.

—Déjame tranquilo —dijo.

Entonces el Gato hizo algo que no quería hacer. Metió la mano en el bolsillo, sacó un pañuelo y empezó a desatar el nudo que guardaba su única fortuna: tres monedas de veinte centavos. Y mientras desataba el nudo, sintió que estaba desatando en su interior algo que no entendía, acaso turbio, acaso sucio. Se guardó una de las monedas, dio las otras dos al chico que las tomó y siguió su camino sin darle las gracias.

Y después el Gato, el sobreviviente, el indeseado, refractario, indeseante, volvió al cajón vacío, lo tomó y cargó al hombro y emprendió el regreso, ajustando la expresión de su cara al gesto del edificio alto, desnudo y sombrío que lo estaba esperando.

UN OSCURO DÍA DE JUSTICIA

Rodolfo Walsh

Cuando llegó ese oscuro día de justicia, el pueblo entero despertó sin ser llamado. Los ciento treinta pupilos del Colegio se lavaron las caras, vistieron los trajes azules del domingo y formaron fila con la rapidez y el orden de una maniobra militar que fuera al mismo tiempo una jubilosa ceremonia: porque nada debía interponerse entre ellos y la ruina del celador Gielty.

En la penumbra de la capilla olorosa a cedro y a recién prendidos cirios el celador Gielty seguía rezando de rodillas como rezó toda la noche. Escurrizado Dios afluía y escapaba de sus manos, acariciándolo igual que a un chico enfermo, maldiciéndolo como a un réprobo o deslizándolo en su cabeza esa idea intolerable, que no era a Él a quien rezaba, sino a sí mismo y su flaqueza y su locura.

Porque si bien los signos no fueron evidentes para todos, el celador Gielty venía enloqueciendo en los últimos tiempos. Su cerebro fulguraba noche y día como un soplete, pero lo que hizo de él un loco no fue el resultado de esa actividad sino el hecho de que iba consumiéndose en fogonazos de visión,

como un ciego trozo de metal sujeto a una corriente todopoderosa y llameando hasta la blancura mientras buscaba su extinción y su paz.

Y ahora rezaba sintiendo venir a Malcolm como lo había sentido venir a través de la bruma de los días de las semanas, y tal vez de los meses de los años, viniendo y aumentando para conocer y castigar: el hombre cuya cara se multiplicaba en los sueños y los presentimientos diurnos, en las formas de la nube o el reflejo del agua. Astuto y seguro venía, labios tachados por un dedo, sin quebrar un palito del tiempo.

En el dormitorio chico los doce internos a cargo del celador Gielty estuvieron solos toda la noche. Eran los más pequeños del Colegio salvo O'Grady, Malone y el Gato, que llegaron tarde, cuando no quedaban camas en el dormitorio grande, lugar para la amistad, uvas en la viña: triste descarte de escondidas historias de muerte y repudio perdidas en la leyenda del verano.

El celador Gielty había subido apenas un minuto para verlos arrodillarse en sus camisones y recitar la oración nocturna que imploraba a Dios la paz y

el sueño o al menos, la merced de no morir en pecado mortal y cuando la palabra amén huyó aleteando por la única banderola abierta, fue hacia el Gato, que sin desvertirse esperaba como de costumbre y le dijo:

Acostate vos también, y entonces el pequeño Collins lo vio acercarse hasta sentir en la frente su cálido aliento y una mirada más que nunca desesperada y terrible, burlona o amorosa. Sus dientes centellearon bajo el bigote rojo:

No habrá Ejercicio esta noche, y se fue, y bajó a rezar en la capilla.

Primer indicio que tuvo el pueblo de que el celador presentía la llegada de Malcolm. Porque el secreto de la llegada de Malcolm a Gielty descansaba hasta entonces día y noche contra el corazón del pequeño Collins, en el relicario que vació de pelos y de uñas de santos muertos para guardar el pape-lito en que Malcolm anunciaba que venía.

No habiendo Ejercicio esa noche, ni autoridad a la vista, el Gato sacó un pucho y fumó sentado en la cama, mientras sus largos ojos relampagueaban amarillos, se entornaban con pereza y volvían a dilatarse contra el burbujeante fermento de ira que brotaba de las camas vecinas, queriendo volverse grande y terrible, diluyéndose en cambio por falta de número en estériles murmullos o en el sofocado pedorreo que surgió en la punta donde estaba la cama de Scally, la almohada donde Scally escondía la cara. Al Gato no le importaba, ni tenía miedo. Era fuerte ahora, seguro de sí mismo, los estigmas de su cabeza habían desaparecido con el recuerdo de pasadas humillaciones, el guarda-polvo le ajustaba mejor, y aunque nunca engordaría, estaba crecido, saludable y despegado. De modo que cuando Collins fue más allá de sí mismo y quiso arrastrar al grupo contra el Gato, descubrió que sólo en la teoría del alma estaban con él, y que eso no era bastante. Y así sucedió que el mismo Collins, sobrino y delegado de Malcolm, profeta de su arribo, debió posponer toda idea de castigar al Gato quien al fin no era más que instrumento de Gielty en la diversión siempre sangrienta que llamaban el Ejercicio.

Cuyo comienzo databa de dos meses atrás, después que el Gato llegó al Colegio, fue perseguido, golpeado, curado, hizo sus cálculos, indagó en la médula de la autoridad hasta descubrir una honda corriente de afinidad fluyendo entre él y ese hombre ancho, colorado y loco, con quien no cambió una sonrisa ni tal vez una palabra hasta aquella noche en que el celador Gielty se paseó entre los chicos que terminaban de desvestirse, dos libros bajo el brazo y una idea prendida en la cara:

¿Qué les parece si armamos una peleita muchachos?, poniendo en marcha un tren de sorpresas, pues a quién se le ocurría pelear de noche en el dormitorio, en vez de pedir al padre Fagan los guantes que el padre Fagan siempre estaba dispuesto a dar, fijando el día y la hora, a todo el que quisiera boxear en el patio bajo los ojos apropiados y las reglas, y sin embargo,

¿Qué les parece, eh?, y sólo entonces Mullahy, que era el lenguaraz de la gente, se atrevió a preguntar:

¿Con guantes, señor?

Oh no, no con guantes -dijo el celador Gielty-, nada de guantes, que son para mujercitas y no para ustedes, que aun siendo los más pequeños del Colegio, deben aprender a pelear y abrirse un camino en la vida, porque Dios ordena -y aquí palmeó uno de los libros, que era grande y de tapas negras- que las más fuertes de sus criaturas sobrevivan y las más débiles perezcan, como dice este otro libro -que palmeó- escrito por un hombre que conocía la voluntad de Dios mejor que los sacerdotes de la Iglesia, aunque algunos sacerdotes de la Iglesia no lo acepten. En cuanto a mí, hijos míos, no quiero que ninguno de ustedes, que ahora me miran tan indefensos, ignorantes y tontos, perezca antes de su hora; y por lo tanto que ninguno de ustedes sea un pelele traído y llevado por los tiempos o la voluntad de los hombres como una oruga que arrastra el arroyo, sino que aprendan a ser fuertes y resistir incluso cuando el mundo empieza a derrumbarse, como yo lo he visto derrumbarse y por momentos lo veo todavía, estallando y desmigajándose en ardientes pedazos, pero matando sólo a los flojos, inservibles y miserables. ¿Qué les parece entonces si armamos una peleita?

Y ahora el pueblo, o esa pequeña parte del pueblo, arrastrado por el sonido de las palabras más que por las palabras mismas que apenas entendió, pero más capturado todavía por la expresión atormentada y anhelante en la cara del celador Gielty, la gota de fuego en cada ojo, el erizamiento del bigote y el pelo de cobre, estalló en una gran ovación que él mismo suprimió en seguida.

Porque esto debe quedar entre ustedes y yo, hijos míos, y ¿quiénes van a pelear?

Todos alzaron la mano. La mirada del celador Gielty anduvo entre las caras inexpresivas y mudas hasta encontrarse con la del Gato, donde se demoró en apreciativo reconocimiento de la historia pasada y el mérito presente:

Así que ya no te asusta una trompada.

El Gato hundió el pescuezo entre los hombros y

pronunció aquellas tres palabras con que había engañado al pueblo una noche memorable:

Peleo con cualquiera, sólo que ahora era cierto, y todo el mundo lo sabía: el celador Gielty observó que los chicos más chicos estaban bajando la mano y haciéndose los distraídos, salvo Malone y O'Grady, que hubieran querido imitarlo pero no podían porque aún eran los depositarios de un prestigio fundado en el tamaño o la edad sino en la carga de expectativa que los demás depositaban en ellos, y por lo tanto mantuvieron en alto los brazos que temblaban un poco, mientras el tiempo crecía hasta volverse intolerable, y sólo entonces el celador Gielty dijo:

Está bien, parece que no es a ustedes a quienes hay que salvar, de modo que si nadie más da un paso al frente, seré yo quien elija, y cuando nadie más dio un paso al frente, empezó ese largo escrutinio, descarte, que el celador Gielty iba a concluir en el pequeño Collins al señalar:

Este - al decir: - Collins -al anunciar-: - El pequeño Collins peleará con el Gato.

Entonces hubo por ahí una risita y el celador Gielty se dio vuelta enardecido para descubrir a Malone atragantado, pero ya a su espalda rompía otro pedacito de burla, y el celador Gielty:

¿Qué pasa?

Nuevamente fue Mullahy el que explicó:

Collins no puede pelear con nadie, señor. De veras, señor. Está lleno de aire como una burbuja, y se hace pis en la cama.

Cosa que nadie sino él se hubiera atrevido a decir, porque Mullahy era el bardo y vocero del pueblo, perito en rimas, adivinanzas y proverbios, capaz de arrastrar a los suyos a extremos de diversión o sumirlos en negros ataques de melancolía, pero obligado a pronunciar a cualquier riesgo las palabras que latían informes en el ánimo general: por eso lo habían desterrado del dormitorio grande, donde sus historias, circulando de cama en cama como una víbora de fuego, mantenían a todos despiertos hasta el amanecer. Ahora los chicos engordaban de risa sin dejar de temer el castigo que caería sobre Mullahy, a quien amaban sin la envidia que despertaba cualquier otra habilidad con los puños, los pies o el palo de hurling, como si no existiera por sí mismo sino que fuera una emanación de los demás. Pero el celador Gielty no miró siquiera a Mullahy, y su cara se puso muy triste, tan triste que las risas cesaron en el acto.

Por supuesto -dijo en voz casi inaudible- yo sé que Collins no puede pelear con nadie. Por supuesto yo sé que sus brazos son demasiado cortos, que no

tiene cintura que valga la pena mencionar, sino una ollita redonda de panza hinchada que le viene de pasarse el día entero comiendo miga de pan que roba de la mesa de los maestros; si no, de prácticas aún más vergonzosas. Por supuesto yo sé que ningún equipo de fútbol del Colegio quiere aceptarlo y que nadie nunca lo ha visto correr, porque tiene pies planos dentro de esos horrendos zapatos ortopédicos. Pero, ¿por qué otro motivo? y aquí su voz atronó, por qué sino por eso, habría de elegirlo? ¿Por qué, sino porque es débil y enfermo e incluso un tonto, habría de fortalecerlo y agrandarlo para que sobreviviera donde no sobreviviría entre ustedes, brutos, tramposos y asesinos, por qué habría de convertirlo en mi apuesta personal contra la fatalidad de las cosas? Porque eso también está escrito aquí -palmeó el libro negro -y aquí -palmeó el libro rojo.

Y ahora todos comprendieron y el propio Collins asintió como si advirtiera que estaba siendo reconocido por primera vez en su vida: no importa qué clase de injuria, desprecio, hubiera en ese reconocimiento.

¿Así que pelearás con el Gato, no? preguntó el celador Gielty, y Collins dijo:

Sí, señor un brillo de emoción en sus ojos celestes, haré lo que usted diga, señor.

Buen muchacho murmuró el celador Gielty palmeándole la cabeza. Vamos dijo a los demás, hagamos un ring. Yo seré referi.

Con cuatro camas armaron el ring y pusieron en el suelo una colcha para amortiguar el ruido, porque en las semanas y meses que duró el Ejercicio, el celador Gielty no quiso que dejara de ser un secreto. Después el Gato se paró en su rincón, alto, suelto, indolente casi, y el celador Gielty le preguntó si conocía las reglas, y el Gato dijo que sí, que conocía las reglas, y el celador se volvió al otro rincón donde Collins preguntó si podía pegarle en la cara, y todos volvieron a reír pero el celador Gielty se mordió el labio y dijo que Si, que podía pegarle al Gato en la cara, y dijo Listos, y dijo Adelante.

Los diez chicos que rodeaban el cuadrado sintieron que sus propios músculos se movían, pies clavados al suelo, brazos a la altura del pecho, mientras la sangre saltaba como un caballo, y todo ese movimiento estático iba dirigido contra el Gato, su fría cara detestable, queriendo machacarla y destruirla. De modo que nadie se extrañó cuando semejante carga de participación en el destino de Collins, impulso sólido hecho quizá del alma de O'Grady y de Malone y de todas las almas menores

circundantes, se arrojó hacia adelante golpeando con furor. Pero aún esos gloriosos espíritus naufragaron en la simple elegancia de estilo con que el Gato paró cada atormentado golpe, la rapidez con que plegó su largo cuerpo, se agachó bajo los brazos de Collins y apareció intacto a sus espaldas. El pueblo exhaló en asombro el aire contenido en esperanza.

El Gato sonreía, parte izquierda de la cara solamente, aventura del labio que parecía llegar hasta el ojo, mientras la mitad derecha seguía de madera. Round de Collins apuró el celador Gielty, y Un minuto de descanso mientras desaparecía tras las sábanas que amurallaban su cama, regresaba con una toalla alrededor de los hombros.

¿Quería el Gato pegarle a Collins? La respuesta siempre fue dudosa, sobre todo para él que nunca se hizo la pregunta. Pero cuando en el segundo round Collins volvió a atacar y los demás empezaron a abuchearlo, el Gato dejó de sonreír. Fue entonces que la voz de Gielty llegó a él y solamente a él, en un sordo ladrido:

Pegale, Gato y cuando éste miró de soslayo al rincón de donde venía la orden, el pequeño Collins, ya jadeante, acertó con su única trompada de suerte en la oreja del Gato, que en el acto ya no estaba allí sino a dos pasos de distancia, aunque volviendo, ligeramente agazapado, y entonces escuchó por segunda vez la sofocada orden:

¡Pégale!

El Gato cambió de paso, y aun en el tumulto del clamorear del público, sacó la mano derecha, que hasta entonces había mantenido bajo la mandíbula. No fue una trompada, fue un latigazo, tan instantáneo que nadie vio regresar la mano a su punto de partida, a su forma de almohadilla debajo del mentón, pero una mancha roja empezó a inundar la mejilla de Collins, tardando bochornosamente su tiempo bajo la mirada general. Ahora el Gato chapoteaba en ira, volvía a golpear y recuperó sus nudillos tintos en la sangre que había saltado como un surtidor de la nariz del adversario.

La toalla mojada cayó en el ring y el celador Gielty dijo que ya bastaba por esa noche, que el pequeño Collins se había portado muy bien para un principiante y que después de todo bien podría salvar su alma si aprendía a no bajar la guardia ni arrastrar los pies, cosa que el chico creyó a medias mientras dos de los mayores lo llevaban lagrimeando al lavatorio, y aun la comunidad pareció creerlo y empezó a volcar consejo en sus oídos sobre la forma en que había que pelear al Gato. Al día siguiente Malone se ofreció a enseñarle en los recreos, y después intervino Rositer

que era del dormitorio grande: la esperanza de sus partidarios había crecido mucho cuando tres días más tarde el celador Gielty convocó a un nuevo Ejercicio.

El Gato ya no estaba enojado esa noche, sino juguetón y tolerante. Collins veía ante él su cara desnuda, a veces muy cercana, casi tocando la suya, moviéndose como un reflejo en el agua, cinco pulgadas más arriba o más abajo de donde acababa de estar. Cada largo intervalo el Gato descargaba un solo swing bajo o un cross, ya no contra su nariz sino en la parte blanda de los brazos que se iban durmiendo con un sueño casi placentero, hasta que no pudo alzarlos al nivel de la cintura y entonces el celador Gielty detuvo la pelea y anunció que su pupilo se había desenvuelto meritoriamente, aguantando casi cinco rounds sin sangrar en absoluto, lo que demostraba que ya estaba más fuerte y mejor encaminado para sobrevivir, siempre que aprendiera a respirar bien y administrar mejor sus fuerzas.

El día siguiente, sábado, los ciento treinta irlandeses lavaron y limpiaron sus cuerpos y sus almas. Después del almuerzo, balde tras balde de pecado empezaron a volcarse en los dos confesionarios de la capilla donde el padre Gormally escuchaba con filosófica diversión mientras el padre Keven sentía su úlcera extender largas patas frente a tanta violencia arrepentida, gorda gula en cuerpos flacos, viciosos intercambios que la fuerza podía imponer a la debilidad, la pasión al interés, la belleza al alma de rapiña. Collins se preguntó si hablaría del Ejercicio y finalmente se abstuvo, de modo que su confesión resultó muy corta siendo como era demasiado chico y bobo para cargar con grandes culpas, y cuando las manos del sacerdote lo absolvieron subió al dormitorio para el baño semanal y encontró a todos esperando.

Se desvistieron en el frío del invierno que duraba aún, envolvieron en toallas sus cinturas lampiñas y caminaron a las duchas. Dentro del vientre cálido que más que ninguna otra cosa le recordaba a su familia, Collins se miró los brazos y vio los moretones producidos la noche antes por los golpes del Gato. Después oyó la voz del celador Gielty que venía a lo largo del pasillo asomándose por encima de cada puerta y diciendo, "¡Lavarse! ¡Lavarse!", y cuando llegó frente a la suya el pequeño Collins pensó que el agua se había enfriado de golpe y tapó su gusanito de sexo mientras el celador lo escrutaba largamente, antes de mover la cabeza a un lado y a otro, pero lo único que dijo fue "¡Lavarse! ¡Lavarse!" y siguió de largo, y entonces el agua volvió a ser caliente, lo que tal vez obedecía a causas naturales como una canilla que acabara de

cerrarse en la ducha vecina o un repentino golpe de fuego en las calderas.

En la capilla las últimas heces de culpa caían en los oídos de los confesores que las dejaban desaguar al río inmemorial que da siete veces la vuelta a la tierra y sólo ha de venir a la superficie en las postrimerías. Los que bajaban de los baños oían limpio y pensaban limpio, o más bien habían dejado de pensar hasta la mañana siguiente para no caer en la tentación, que era su modo normal de pensar, y formaban en hileras ante la privilegiada cofradía de los lustrabotas para el postrer embellecimiento de la jornada. Después de la cena los juegos del patio fueron apacibles, las voces atenuadas. Los suertudos que disponían de algunas monedas acudieron a la despensa donde el sacristán Brown vendía por cinco centavos chocolates delgados como suspiros, los dividieron entre los amigos con una generosidad que no figuraba en los días comunes y cuando Murphy el Pajero encontró debajo de la etiqueta roja al famoso Pez Torpedo, nadie se abalanzó sobre él para quitárselo como habrían hecho un lunes o un jueves, sino que el propio Dolan sobre quien seguía encaramada el Aguila del mando le ofreció una escolta personal que rodeó a Murphy el Pajero y su preciosa figurita mientras se pavoneaba entre los claustros.

Sonó la campana convocando a la última hora de estudio antes de la bendición. Los sábados estaban consagrados a lecturas espirituales donde se turnaban sacerdotes y maestros pero en las que el celador Gielty, siendo uno de los hombres más doctos del Colegio y acaso una promesa de la teología o de la ciencia, descollaba. De modo que esa noche cuando todos estuvieron sentados en el aula magna, el celador Gielty se alzó en la tarima, pelo rojo brillando y bigote rojo brillando, y con un mundo de fijeza en la cara transfigurada, anunció que hablaría sobre Las Partes del Ojo.

¿Quién podría olvidar lo que dijo? Cualquiera, porque no había allí terreno fértil para la verdad, sino un tropel de chicos somnolientos, colmados de la Gracia obtenida en confesión, hostiles a cualquier cosa que amenazara el sentimiento de seguridad y autojusticia que habían conquistado. El celador Gielty, sin embargo, habló con la certeza de la Revelación, empezando por elementos simples como la luz y los variados artificios que permiten percibirla a los seres más rudimentarios, plantas y flores como el girasol o el tallo tierno de la avena que tiene en la punta una mancha amarilla que es en rigor un ojo.

Después se internó libremente en los reinos vulgares de la Naturaleza donde el ojo se hacía cada vez

más sutil y complicado, desde la piel sensible del gusano hasta la visión mosaica de los insectos hasta la primera imagen que tembló como una gota de agua dentro de la cabeza de un molusco. Y se hundió en las profundidades del mar y las arenas del tiempo donde descansaban los ojos más antiguos del mundo hechos de hueso transparente; encontró los peces telescopios, pupilas que miraban sólo para adentro y ojos que ardían al mirar durando apenas un segundo, piedras que veían y extraños seres de mirada curva con párpados de espinas que nunca se cerraban, ojos copulantes y ojos que veían el pasado o medusas que comían con la vista, ojos en bolsas y bolsillos y ojos que escuchaban, retinas donde el día era noche impenetrable y la noche cegadora luz, sin olvidar la pupila que lleva su linterna propia ni el ojo líquido derramado de su fosa que volvía como gotas de mercurio con la memoria de las cosas visitadas o no volvía nunca y rueda todavía por ahí colmado de las escenas capturadas milenios atrás, ni la retina cubierta de piel que sólo a sí misma se contempla ni el ojo pineal de la lamprea o el profético ojo del nautilo.

Después se remontó a los reinos intermedios donde el ojo se trascendía a sí mismo deviniendo voluntad de conocer, y quiso explicar el portento de la primera imagen que ya no quedaba en él sino que viajaba al cerebro, milagrosa transformación de lo material en inmaterial, punto de nacida del alma donde hasta un mono ciego era a su modo un facsímil de Dios construido en torno a la intención de ver (¿qué era Dios al fin, sino el mundo vidente y visto?) y cuando por último entró en la esfera visualmente superior de los ángeles y las aves de presa, antes de recaer en el hombre y Las Partes del Ojo, que era adonde quería llegar y el tema central de su conferencia, el tiempo se había terminado y gran parte de sus oyentes dormían con sus propios ojos abiertos, y los que no se durmieron apilaban montones de evidencia, palabra sobre estulta palabra, en torno a la ahora firme leyenda de la locura del celador Gielty, que el Gato podía desdeñar porque en su opinión locos eran todos pero que terminó por lacrar en Collins la conciencia del terror: fue entonces cuando se le ocurrió la grandiosa idea de la salvación a través de su tío Malcolm.

El celador Gielty no dejó que las consideraciones filosóficas turbaran el negocio práctico del Ejercicio, que fue debidamente anunciado y ejecutado dos a tres días más tarde y prosiguió en adelante con una lógica que el pequeño Collins sólo podía comprender al revés porque contradecía el recóndito deseo de su corazón, llamándolo a pelear cuando más quería que lo dejaran tranquilo, dejándolo tranquilo cuando realmente había dejado de importarle.

En los habitantes del segregado dormitorio, toda esperanza al principio construida sobre Collins estaba muerta. El chico no tenía médula, reflejos, voluntad de pelear, nada salvo una especie de femenil pudor que le impedía acusar a su verdugo, aceptar ayuda de los otros y aun mostrar las marcas de su cuerpo. Volvía a su cama donde lloraba desesperado llanto debajo de su almohada, acariciando cada alfilerazo de dolor y de vergüenza, cada huella violenta de la piel hinchada donde el Gato había golpeado y vuelto a golpear.

A principios de setiembre puso dos tiras de papel secante debajo de las plantas de sus pies, por la noche en el rosario ardía, a la mañana siguiente no se levantaba, por la tarde lo llevaron a la enfermería donde deliró: el tío Malcolm se le aparecía limpio, fuerte y vengativo, pleno de cólera y de amor, que eran una misma y sola cosa que el pequeño Collins no entendió en seguida pero que le daba un raro sentimiento de seguridad y de consuelo, y cuando despertó al día siguiente la carta al tío Malcolm ya estaba escrita en su cabeza toda entera y no tuvo más que pedir a O'Grady que furtivamente acudía a visitarlo, lápiz y papel: sentarse en la cama a escribir la carta que el sueño le dictaba, y entonces escribió:

Mi querido tío Malcolm, dondequiera que estés, te mando esta carta a mi casa en tu nombre, y espero que al recibirla estés bien, como yo no estoy, y sinceramente espero, mi querido tío Malcolm, que vengas a salvarme del celador Gielty, que está loco y quiere que me muera, aunque yo no lo hice nada, te lo juro mi querido tío Malcolm. Así que si vas a venir, por favor decíle que yo no quiero pelear más en el dormitorio con el Gato, como él quiere que pelee, y que yo no quiero que el Gato vuelva a pegarme, y si el Gato vuelve a pegarme creo que me voy a morir, mi querido tío Malcolm, así que por favor y por favor no te dejes de venir, te lo pide tu sobrino que te quiere y que te admira atentamente.

No era ésta una carta ordinaria como las que todos escribían el primero de cada mes con el objeto de decirte mi adorada mamá que estoy muy bien gracias a Dios, y con el objeto de decirte mi estimado padre que mis estudios van muy bien con la ayuda de la Virgen, y con el objeto de decirte mi apreciado hermano que la comida es muy buena y que los domingos nos dan budín de pan, y con el objeto de decirte mi querido perro Dick que estoy muy bien a Dios gracias aunque siempre sueño con vos: todo lo cual era certificado desde sus tarimas por el padre Ham Fagan y el padre Ham y el padre Gormally, y quién mejor que ellos para certificar

tales cosas, elogiar a quienes podían descubrir una nueva vuelta de optimismo, cierto color de indudada felicidad, o reprimir a los que por pura distracción se mostraban tibios en el relato de sus propias vidas. No. Era más bien subversiva y anómala, que necesitaba para circular subversivos y anómalos canales, y ésta era la misión de la Liga Shamrock, de la que Collins ignoraba casi todo, salvo que existía y que para algunos Shamrock significaba "trébol", cuando para otros quería decir algo así como carajo.

La Liga jamás había contado a Collins como miembro, ni su suerte le importaba mucho, ocupada como estaba en contrabandear a beneficio de su propia jerarquía cantidades de ginebra, cigarrillos y apuestas de quiniela, y aun contando para las mayores citas en el pueblo con heladas mujeres que acudían a la capilla del Colegio a oír misa los domingos. Pero la conducta y locura del celador Gielty eran ya una ofensa para todos, y es posible que alguna de sus bofetadas, arranques insensatos de furor, sarcasmos que escaldaban el alma, hubieran afectado a miembros verdaderos de la Liga. De modo que el mensaje del pequeño Collins ascendió escalón por escalón donde nadie sabía si el próximo escalón era un trébol o un carajo pero donde todos sabían que el mensaje iba subiendo hasta que llegó al nivel más alto en que se escapaba a la censura y se iba por correo expreso.

El celador Gielty estaba preocupado. Sabía naturalmente que el Ejercicio era cruel y casi intolerable para Collins, pero había visto la crueldad inscripta en cada callejón de lo creado como la rúbrica personal de Dios: la araña matando la mosca, la avispa matando la araña, el hombre matando todo lo que se ponía a su alcance, el mundo un gigantesco matadero hecho a su imagen y semejanza, generaciones encumbrándose y cayendo sin utilidad, sin propósito, sin vestigio de inmortalidad surgiendo en parte alguna, ni una sola justificación del sangriento simulacro. ¿Podía permitir que el pequeño Collins se enfrentara solo, con su canibal tiempo? No. ¿Pero no estaba yendo demasiado lejos, precipitando lo que quería evitar? Una y otra vez se rezagó en la capilla después de la misa o el rosario, buscando una respuesta, sintiendo que su cerebro ardía más que nunca, perdiendo cada cosa que ganaba porque cada cosa comprendida significaba un pedacito de sí mismo que se disipaba en una incandescente partícula: hasta que oyó una voz que le ordenaba seguir adelante y darse prisa en salvar a Collins, porque alguien venía desde el horizonte del tiempo a detenerlo. Y así fue como Malcolm entró en su cabeza, casi al mismo tiempo que en la cabeza de Collins.

El chico había tenido suerte. El viejo doctor que vino del pueblo a revisarlo diagnosticó una especie de influenza virulenta. Una semana de reposo en la enfermería significaba, por lo general, total soledad y aburrimiento, ver los días que entraban y salían por la ventana interrumpidos solamente por el enfermero que llegaba con la aguachenta taza de té o el plato de sopa desmayada, pero Collins admitió que se le estaba dando un respiro, y no tenía apuro por sanar aunque mejoraba casi insensiblemente: los moretones de sus brazos se volvieron grises, al fin amarillos y el calor y el sudor huyeron de su cuerpo, dejándolo fresco y apacible cuando volvió el doctor, le acarició el pelo, dijo:

Ya estás bien, muchacho, el lunes puedes levantarte. Esto sucedió un sábado. Así que el lunes se levantó, algo tembloroso sobre sus piernas, y cuando los otros chicos lo vieron en el patio acudieron a saludarlo y a conversar con él, todos muy amables, le estrecharon la mano y uno que se llamaba Brennan, a quien apenas conocía, le apretó la mano más fuerte que los otros y cuando retiró la suya había un pedacito de papel sin sobre:

Y ésa era la carta del tío Malcolm.

Que decía simplemente: "El domingo iré, trompearé al celador Gielty hasta la muerte".

Y así fue como el pueblo empezó a prepararse para la batalla y a medida que la semana se iba inflando despacito como un globo, llenándose de expectativa, se vio lo grande que iba a ser esa batalla.

Malcolm, en la versión inicial de Collins, era un hombre más bien alto y rubio, de unos treinta años, rientes ojos verdes, sombrero de ala ancha y un bastón que blandía con despreocupada gracia: así fue representado en los toscos dibujos que empezaron a surgir sobre hojas de canson o cuaderno. Sutiles cambios aparecieron el segundo día de la espera: Malcolm era ya decididamente alto, impersonal, la sonrisa se había convertido en mueca irónica mientras el celador Gielty se reducía a un pigmeo que sollozaba abyectamente en su presencia.

Estos, sin embargo, no era más que contornos, límites vacíos. Collins se sintió llamado a colmarlos, cada vez con mayor apremio, y no tuvo dificultad en recordar la naturaleza feliz de Malcolm, su fortuna con las mujeres, sus aventuras en cuatro rincones del mundo, En la mañana del tercer día se supo que Malcolm había sido un héroe en la guerra del Chaco o de España, donde fue condecorado por el presidente de Bolivia o por el general Miaja, pero lo que realmente importaba era que él sólo liquidó a diez enemigos, si no eran quince, y que al

último lo mató con la culata del fusil descargado antes de volver herido y sediento para despalmarse a los pies del comandante en jefe que sobre el campo de batalla lo ascendió a coronel, o tal vez a capitán.

Los retratos de Malcolm eran ya más grandes, acercándose al punto en que se convertirían en afiches. Este proceso, aunque espontáneo, surgido de la entraña de la gente, tuvo sus tropiezos antes de asumir la forma grandiosa que finalmente tuvo. Cuando al promediar el cuarto día, por ejemplo, se supo que Malcolm había sido campeón juvenil de boxeo, que llegó a pelear con Justo Suárez y que únicamente el destructivo amor de una actriz de cine le impidió obtener el cetro mundial, fue casi irresistible la tentación de pintarlo con pantaloncitos y guantes de box, los bíceps como bochas, la cintura más angosta y el tórax más ancho, tatuado con una mujer rubia y tetona.

Prevaleció sin embargo el buen sentido artístico, y la imagen final adoptada por el sentimiento colectivo mostraba un Malcolm que a pesar de cada embellecido detalle se parecía a la versión original: sobriamente vestido con un traje de corte más bien inglés, la mano derecha curvada en torno al puño del bastón, el dorso de la izquierda apoyado en la cintura que adelantaba medio paso al pie, el sombrero y la cara arrojados para atrás en un gesto seductor de optimismo y desafío. Cuando se llegó a esta condensación, el tiempo ya era pobre para cortar grandes rectángulos de cartulina y de sábanas robadas, hervir en agua o disolver en alcohol las tapas rojas de la gramática, verdes del catecismo, azules del libro de lectura, obtener en el campo una raíz que secada era un pigmento amarillo y unas bayas que daban el índigo, pintar la figura y exclamar al pie de cien pendones: ¡Viva Malcolm!, o, simplemente, MALCOLM.

El celador Gielty no había reanudado el Ejercicio. Sentía el temor de la gente esfumarse, la hostilidad crecer como una marea y asumir formas cada vez más abiertas: conversaciones interrumpidas, marchas militares de ambiguo estribillo, inscripciones en paredes, la cruda pantomima que una y otra vez representó ante sus ojos la derrota de un impostor o un payaso, encarnado por Murtagh, frente a un héroe sin mancha en el que todos querían turnarse. Dudaba. Su cubículo de sábanas permaneció iluminado noches tras noche. Se murmuraba que leía y releía el libro negro, el libro rojo, y en una ocasión, antes del alba, un testigo oyó su voz profiriendo un torrente de terrible y sofocada obscenidad. A medida que el tiempo se acercaba, emergía de su muralla un poco más febril y consumido, con un sedimento de barro en el fondo

de los ojos, y hasta las puntas de los bigotes levemente caídas.

Todo esto alentó inmensamente a la comunidad. Ahora nadie dudaba el resultado del combate, pero todos querían que fuera además una fiesta y en esos enloquecidos preparativos se fue la semana sin que nadie estudiara una línea, cosa que inquietó mucho a sacerdotes y maestros que veían el Colegio sustraído al flujo regular de las cosas, transportado en una nube de excitación, sin poder descubrir el motivo que no fue traicionado ni siquiera en el secreto del confesionario.

Si hubo una mancha en ese panorama, pasó inadvertida. El viernes por la noche los mayores quisieron oír la opinión de Pata Santa Walker, que fue dada en la oscuridad de la leñera ante un círculo de atentos cigarrillos. Pata Santa, acucillado, meditó largamente, como si sus famosos poderes estuvieran sometidos a prueba.

Está viniendo murmuró al fin y bajó la frente casi hasta tocar su enorme botín de madera, oír en la vibración del suelo el paso anunciado.

Los puchos respiraron desengaño, porque quién no sabía que Malcolm estaba viniendo, y hubo una pausa de nuevo muy larga, a cuyo término Pata Santa reveló su cara adusta y afilada, agregando esa única frase:

No vendrá de gusto, cuyo sentido fue soplado como una vela navegante en dirección favorable por el ruido de la campana que llamaba al estudio en el aula donde Pata Santa ocupó su banco, que era el último, y nadie vio las dos lágrimas que rodaron de pronto, una de cada ojo, sobre la página más aburrida de su gramática.

¿Qué fue el sábado? Un pasaje, un suspiro, un destello, una hojita podrida del tiempo que cayó por la noche cuando el celador Gielty bajó a la capilla mientras en los dormitorios la gente pronunciaba su propia plegaria: "Mañana Malcolm vendrá, trompeará al celador Gielty hasta la muerte". Sobre esta certeza durmieron. Llegó al fin ese día, y a la hora en que el sol de costumbre brillaba en los vidrios, el sol del domingo encontró cien caras despiertas mirando el camino, la tranquera y el parque, y un centenar de estandartes bajaron de las altas ventanas.

La primavera había venido y muerto, regresado, vencido: tempranas rosas centelleaban entre las araucarias, chingolos saltaban sobre el pasto mojado, retumbaba un tren, mujeres acudían a la misa, el mundo se desnudaba en pliegue y repliegue de arboleda, campo, paz, sobre la que se estrellaron las primeras campanas.

Formaron, bajaron, entraron en la capilla donde lo primero que vieron fue el celador Gielty, todavía acurrucado en un banco del fondo, moviendo los labios descoloridos, los ojos clavados en nada. El padre Fagan salió en su caparazón de oro y su cortejo de púrpura.

Mientras duró la misa no hubo noticias de los cuatro centinelas que arriba atisbaban el primer signo de Malcolm. Tras el desayuno una décima parte de la población se turnó en las guardias, y antes de las nueve se supo que un bulto negro avanzaba por el camino: minutos después era la madre de O'Neill, que acudía a visitarlo el único día de visita, y apenas O'Neill fue a la rectoría a recibir su dádiva de lágrimas y besos con quizá un frasco de miel, caramelos, cualquier otra ternura que la pobreza, la viudez, el cansado amor podían permitirle, el gran ómnibus rojo de la ciudad chirrió en el macadam, una figura bajó del estribo, y no era Malcolm sino el padre de Murphy el Pajero, que debía ser tan pajero como él, aunque lo que era, era en realidad un viejo triste y tembleque con un tortuoso chambergo y un chaleco raído que se quedó espionando a un lado y otro del camino antes de abrir la tranquera.

La tardanza de Malcolm planteaba ahora la posibilidad de que el padre Ham o el padre Keven salieran a dar un paseo entre los grupos familiares que empezaban a sentarse en el pasto, abrir sus paquetes, comer pan y salame, cambiando nostalgias y esperanzas. Se ordenó esconder las insignias, cada una debajo de su almohada al pie de cada ventana.

Este movimiento, ejecutado a las diez, debió ser pero no fue motivo de aflicción porque nada podía sacudir la fe de la gente, sobre todo cuando Collins admitió que su tío nunca se levantaba temprano, y que bien podía llegar una hora más tarde que un madrugador.

A las once, nadie cejaba: más bien empezaron a preguntarse dónde andaba Malcolm cuando escribió su mensaje a Collins, en qué remoto campo de batalla, qué ciudad china, qué llanura ártica y, en ese caso, cómo podían reprocharle que demorase un poco.

La mitad de los pupilos estaban en el parque, la otra mitad asomados a las ventanas. Un puntito colorado apareció lejos en el cielo, describió un ancho círculo. Al volver rugía a baja altura, rozaba las puntas de pinos y cipreses, pasaba aterradoramente sobre los rosales chasqueando las dos alas en el viento y un hombre se asomaba a la carlinga, tan próximo que todo creyeron ver sus ojos que sonreían detrás de las enormes anti-

parras, gritaron ¡Malcolm!, y volvieron a gritar, y la tercera vez se quedaron mudos con la boca abierta porque el aeroplano ya estaba lejos y se iba hasta perderse en una línea recta que partía el corazón. Y ahora sí, el espíritu del pueblo pareció flaquear por primera vez, el almuerzo transcurrió en silencio, por la tarde se jugó el partido de fútbol más aburrido en la historia del Colegio, donde hasta Gunning hizo un gol en contra y el celador Dillon, que estaba a cargo de los deportes, repitió cinco veces la palabra vergüenza.

Cuando volvieron al patio quedaban las sobras del domingo. Las últimas visitas empezaron a decir adiós, los puestos de los centinelas estaban desiertos y ya nadie creía realmente en la llegada de Malcolm. Hay un momento, en esas tardes de fines de setiembre, en que el sol entra casi horizontal por las ventanas del comedor, sale, cruza el patio y echa sobre la pared del este una explosión anaranjada. Era ese momento el que Pata Santa Walker, armado de una lupa, estudiaba en aquellos días, y debió ser ese momento el que de golpe captó en su plenitud, su irrevelado misterio escrito en la pared, porque gritó, y al mirar a sus espaldas vio que la muchedumbre entera corría hacia las dos esquinas del patio en un movimiento que nunca fue explicado, se atropellaba en las escaleras, se clavaba a las ventanas desplegando los estandartes y lanzaba una sola inmensa exclamación.

Y allí, frente a todos, junto a la tranquera, estaba Malcolm.

Respondía con los brazos abiertos al clamor de la multitud, el bastón en una mano, el sombrero en la otra, y aunque tal vez no fuera tan alto como habían imaginado, su pelo pareciera demasiado rubio (pero ésa pudo ser una última trampa del sol de azafrán) y sus ropas no estuvieran recién salidas del sastre ni aun de la tintorería, cuando se practicaron todos los descuentos necesarios entre los sueños y los hechos resultaba más satisfactorio que los sueños, porque era verdadero y caminaba hacia ellos.

El celador Gielty salió de la capilla.

Los chicos que lo vieron en escorzo, el paso sonámbulo, el guardapolvo gris y arrugado, se preguntaron cómo habían podido temerle; esa repentina vergüenza desató una abrumadora silbatina mientras el celador Gielty avanzaba hacia Malcolm hasta que se enfrentaron en el centro del parque.

El mundo estaba muy tranquilo, ni un pájaro cantaba ni una hoja se movía y el silencio se tornó aplastante en la hilera de altas ventanas donde los ciento treinta irlandeses se apiñaban, sin que faltara ni siquiera el Gato, y mucho menos Collins

en un sitio de privilegio sobre el retrato más grande de Malcolm, multiplicado en una fantástica selva de banderas, gallardetes y caricaturas de último momento.

Malcolm depositó en el pasto el sombrero y el bastón, se quitó el saco, lo plegó cuidadosamente y lo dejó también. En un gesto lleno de nobleza adelantó un paso tendiendo la mano al adversario antes del combate.

Pero el celador Gielty simplemente se escupió los nudillos y se puso en guardia.

Atacó, lanzando dos golpes a la zona alta, y cuando Malcolm bloqueó el más peligroso, eludió el segundo con un movimiento muy sobrio de la cabeza, se oyó la primera ovación y las banderas ondearon. Gielty arremetió de nuevo, encorvando la espalda y de pronto se vio lo poderosa que era esa espalda, cómo se hinchaba al descargar un puñetazo. Pero Malcolm tornó a esquivar con facilidad y mientras giraba a su alrededor en un círculo muy estrecho desplegó esos primeros toques de arte que tanto alegraron el corazón de los entendidos: sus pies se movían como si cantaran. Y ahora el poderoso y rítmico coro se alzó de las tribunas: ¡Malcolm! ¡Malcolm!

¿Fue eso lo que irritó a Gielty, precipitándolo a una furiosa embestida? Malcolm ya no podía eludir sin responder, y lo hizo con un cross que sonó redondo y hueco en la cara de Gielty, y mientras el clamor arreciaba, lo frenó con un swing al cuerpo que extenuó cada garganta, inflamó cada estandarte.

¡Oscuro, insomne, empecinado Gielty! Una vez más escupió en sus nudillos, una vez más hundió la cabeza entre los hombros y echó para adelante, en su guardapolvo gris, su apostura desgraciada, su fe santa y asesina. La combinación que lo recibió tuvo tal belleza en su impresionante rapidez que sólo con dificultad pudo un intelecto ajeno reconstruirla o crearla, y más tarde se discutió mucho si fue un jab, un hook y un uno-dos, o sólo el jab y el uno-dos, pero el resultado estaba a la vista y regocijo general, aquel hombre acérrimo frenado como un toro por la maza, en el centro del parque, jadeando hondamente y bamboleándose contra las oscuras araucarias, el sol poniente y el perfume cercano de la noche. Y cuando esta cosa tremenda sucedió, el corazón del pueblo empezó a arder en una ancha, arrasadora, omnipotente conflagración que sacudió toda la hilera de ventanas hama-cándola de parte a parte, el amigo abrazando al enemigo, la autoridad festejando al hombre común, el individuo fundiéndose en sentimiento general mientras Collins era besado y el Gato refractario

2. Quince mil desaparecidos, diez mil presos, cuatro mil muertos, decenas de miles de desterrados son la cifra desnuda de ese terror.

Colmadas las cárceles ordinarias, crearon ustedes en las principales guarniciones del país virtuales campos de concentración donde no entra ningún juez, abogado, periodista, observador internacional.

El secreto militar de los procedimientos, invocado como necesidad de la investigación, convierte a la mayoría de las detenciones en secuestros que permiten la tortura sin límite y el fusilamiento sin juicio. (1)

Más de siete mil recursos de hábeas corpus han sido contestados negativamente este último año. En otros miles de casos de desaparición el recurso ni siquiera se ha presentado porque se conoce de antemano su inutilidad o porque no se encuentra abogado que ose presentarlo después que los cincuenta o sesenta que lo hacían fueron a su turno secuestrados.

De este modo han despojado ustedes a la tortura de su límite en el tiempo. Como el detenido no existe, no hay posibilidad de presentarlo al juez en diez días según manda una ley que fue respetada aun en las cumbres represivas de anteriores dictaduras.

La falta de límite en el tiempo ha sido complementada con la falta de límite en los métodos, retrocediendo a épocas en que se operó directamente sobre las articulaciones y las vísceras de las víctimas, ahora con auxiliares quirúrgicos y farmacológicos de que no dispusieron los antiguos verdugos. El potro, el torno, el despellejamiento en vida, la sierra de los inquisidores medievales reaparecen en los testimonios junto con la picana y el "submarino", el soplete de las actualizaciones contemporáneas. (2)

Mediante sucesivas concesiones al supuesto de que el fin de exterminar a la guerrilla justifica todos los medios que usan, han llegado ustedes a la tortura absoluta, intemporal, metafísica en la medida que el fin original de obtener información se extravía en las mentes perturbadas que la administran para ceder al impulso de machacar la sustancia humana hasta quebrarla y hacerle perder la dignidad, que perdió el verdugo, que ustedes mismos han perdido.

3. La negativa de esa Junta a publicar los nombres de los prisioneros es asimismo la cobertura de una sistemática ejecución de rehenes en lugares descampados y horas de la madrugada con el pretexto de fraguados combates e imaginarias tentativas de fuga.

Extremistas que panfletean el campo, pintan acequias o se amontonan de a diez en vehículos que se incendian son los estereotipos de un libreto que no está hecho para ser creído sino para burlar la reacción internacional ante ejecuciones en regla mientras en lo interno se subraya el carácter de represalias desatadas en los mismos lugares y en fecha inmediata a las acciones guerrilleras.

Setenta fusilados tras la bomba en Seguridad Federal, 55 en respuesta a la voladura del Departamento de Policía de La Plata, 30 por el atentado en el Ministerio de Defensa, 40 en la Masacre del Año Nuevo que siguió a la muerte del coronel Castellanos, 19 tras la explosión que destruyó la comisaría de Ciudadela, forman parte de 1.200 ejecuciones en 300 supuestos combates donde el oponente no tuvo heridos y las fuerzas a su mando no tuvieron muertos. (3)

El remate de guerrilleros heridos o capturados en combates reales es asimismo una evidencia que surge de los comunicados militares que en un año atribuyeron a la guerrilla 600 muertos y solo 10 o 15 heridos, proporción desconocida en los más encarnizados conflictos. Esta impresión es confirmada por un muestreo periodístico de circulación clandestina que revela que entre el 18 de diciembre de 1976 y el 3 de febrero de 1977, en 40 acciones reales, las fuerzas legales tuvieron 23 muertos y 40 heridos, y la guerrilla 63 muertos.

Más de cien procesados han sido igualmente abatidos en tentativas de fuga cuyo relato oficial tampoco está destinado a que alguien lo crea sino a prevenir a la guerrilla y los partidos de que aun los presos reconocidos son la reserva estratégica de las represalias de que disponen los Comandantes de Cuerpo según la marcha de los combates, la conveniencia didáctica, el humor del momento.

Así ha ganado sus laureles el general Benjamín Menéndez, jefe del Tercer Cuerpo del Ejército, antes del 24 de marzo con el asesinato de Marcos

Osatinsky, detenido en Córdoba, después con la muerte de Hugo Vaca Narvaja y otros cincuenta prisioneros en variadas aplicaciones de la ley de fuga, ejecutadas sin piedad y narradas sin pudor. (4) El asesinato de Dardo Cabo, detenido en abril de 1975, fusilado el 6 de enero de 1977 con otros siete prisioneros en jurisdicción del Primer Cuerpo de Ejército que manda el general Suárez Mason, revela que estos episodios no son desbordes de algunos centuriones alucinados sino la política misma que ustedes planifican en sus estados mayores, discuten en sus reuniones de gabinete, imponen como comandantes en jefe de las 3 Armas y aprueban como miembros de la Junta de Gobierno.

4. Entre mil quinientas y tres mil personas han sido masacradas en secreto después que ustedes prohibieron informar sobre hallazgos de cadáveres que en algunos casos han trascendido, sin embargo, por afectar a otros países, por su magnitud genocida o por el espanto provocado entre sus propias fuerzas. (5)

Veinticinco cuerpos mutilados afloraron entre marzo y octubre de 1976 en las costas uruguayas, pequeña parte quizás del cargamento de torturados hasta la muerte en la Escuela de Mecánica de la Armada, fondeados en el Río de la Plata por buques de esa fuerza, incluyendo el chico de 15 años, Floreal Avellaneda, atado de pies y manos, "con lastimaduras en la región anal y fracturas visibles" según su autopsia. Un verdadero cementerio lacustre descubrió en agosto de 1976 un vecino que buceaba en el lago San Roque de Córdoba, acudió a la comisaría donde no le recibieron la denuncia y escribió a los diarios que no la publicaron. (6)

Treinta y cuatro cadáveres en Buenos Aires entre el 3 y el 9 de abril de 1976, ocho en San Telmo el 4 de julio, diez en el Río Luján el 9 de octubre, sirven de marco a las masacres del 20 de agosto que apilaron 30 muertos a 15 kilómetros de Campo de Mayo y 17 en Lomas de Zamora.

En esos enunciados se agota la ficción de bandas de derecha, presuntas herederas de las 3 A de López Rega, capaces de atravesar la mayor guarnición del país en camiones militares, de alfombrar de muertos el Río de la Plata o de arrojar prisioneros al mar desde los transportes de la 1º Brigada Aérea (7), sin

que se enteren el general Videla, el almirante Massera o el brigadier Agosti. Las 3 A son hoy las 3 Armas, y la Junta que ustedes presiden no es el fiel de la balanza entre "violencias de distintos signos" ni el árbitro justo entre "dos terrorismos", sino la fuente misma del terror que ha perdido el rumbo y solo puede balbucear el discurso de la muerte. (8)

La misma continuidad histórica liga el asesinato del general Carlos Prats, durante el anterior gobierno, con el secuestro y muerte del general Juan José Torres, Zelmar Michelini, Héctor Gutiérrez Ruiz y decenas de asilados, en quienes se ha querido asesinar la posibilidad de procesos democráticos en Chile, Bolivia y Uruguay. (9)

La segura participación en esos crímenes del Departamento de Asuntos Extranjeros de la Policía Federal, conducido por oficiales becados de la CIA a través de la AID, como los comisarios Juan Gattei y Antonio Gettor, sometidos ellos mismos a la autoridad de Mr. Gardener Hathaway, Station Chief de la CIA en Argentina, es semillero de futuras revelaciones como las que hoy sacuden a la comunidad internacional, que no han de agotarse siquiera cuando se esclarezca el papel de esa agencia y de altos jefes del Ejército, encabezados por el general Menéndez, en la creación de la Logia Libertadores de América, que reemplazó a las 3 A hasta que su papel global fue asumido por esa Junta en nombre de las 3 Armas.

Este cuadro de exterminio no excluye siquiera el arreglo personal de cuentas como el asesinato del capitán Horacio Gándara, quien desde hace una década investigaba los negociados de altos jefes de la Marina, o del periodista de "Prensa Libre", Horacio Novillo, apuñalado y calcinado después que ese diario denunció las conexiones del ministro Martínez de Hoz con monopolios internacionales.

A la luz de estos episodios cobra su significado final la definición de la guerra pronunciada por uno de sus jefes: "La lucha que libramos no reconoce límites morales ni naturales, se realiza más allá del bien y del mal". (10)

5. Estos hechos, que sacuden la conciencia del mundo civilizado, no son sin embargo los que mayores sufrimientos han traído al pueblo

argentino ni las peores violaciones de los derechos humanos en que ustedes incurren. En la política económica de ese gobierno debe buscarse no solo la explicación de sus crímenes sino una atrocidad mayor que castiga a millones de seres humanos con la miseria planificada.

En un año han reducido ustedes el salario real de los trabajadores al 40 %, disminuido su participación en el ingreso nacional al 30 %, elevado de 6 a 18 horas la jornada de labor que necesita un obrero para pagar la canasta familiar (11), resucitando así formas de trabajo forzado que no persisten ni en los últimos reductos coloniales.

Congelando salarios a culatazos mientras los precios suben en las puntas de las bayonetas, aboliendo toda forma de reclamación colectiva, prohibiendo asambleas y comisiones internas, alargando horarios, elevando la desocupación al récord del 9 % (12) y prometiendo aumentarla con 300.000 nuevos despidos, han retrotraído las relaciones de producción a los comienzos de la era industrial, y cuando los trabajadores han querido protestar los han calificado de subversivos, secuestrando cuerpos enteros de delegados que en algunos casos aparecieron muertos, y en otros no aparecieron. (13)

Los resultados de esa política han sido fulminantes. En este primer año de gobierno el consumo de alimentos ha disminuido el 40 %, el de ropa más del 50 %, el de medicinas ha desaparecido prácticamente en las capas populares. Ya hay zonas del Gran Buenos Aires donde la mortalidad infantil supera el 30%, cifra que nos iguala con Rhodesia, Dahomey o las Guayanas; enfermedades como la diarrea estival, las parasitosis y hasta la rabia en que las cifras trepan hacia marcas mundiales o las superan. Como si ésas fueran metas deseadas y buscadas, han reducido ustedes el presupuesto de la salud pública a menos de un tercio de los gastos militares, suprimiendo hasta los hospitales gratuitos mientras centenares de médicos, profesionales y técnicos se suman al éxodo provocado por el terror, los bajos sueldos o la "racionalización".

Basta andar unas horas por el Gran Buenos Aires para comprobar la rapidez con que semejante política la convierte en una villa miseria de diez millones de habitantes. Ciudades a

media luz, barrios enteros sin agua porque las industrias monopólicas saquean las napas subterráneas, millares de cuadras convertidas en un solo bache porque ustedes solo pavimentan los barrios militares y adornan la Plaza de Mayo, el río más grande del mundo contaminado en todas sus playas porque los socios del ministro Martínez de Hoz arrojan en él sus residuos industriales, y la única medida de gobierno que ustedes han tomado es prohibir a la gente que se bañe.

Tampoco en las metas abstractas de la economía, a las que suelen llamar "el país", han sido ustedes más afortunados. Un descenso del producto bruto que orilla el 3 %, una deuda exterior que alcanza a 600 dólares por habitante, una inflación anual del 400 %, un aumento del circulante que en solo una semana de diciembre llegó al 9 %, una baja del 13 % en la inversión externa constituyen también marcas mundiales, raro fruto de la fría deliberación y la cruda ineptia.

Mientras todas las funciones creadoras y protectoras del Estado se atrofian hasta disolverse en la pura anemia, una sola crece y se vuelve autónoma. Mil ochocientos millones de dólares, que equivalen a la mitad de las exportaciones argentinas, presupuestados para Seguridad y Defensa en 1977, cuatro mil nuevas plazas de agentes en la Policía Federal, doce mil en la provincia de Buenos Aires con sueldos que duplican el de un obrero industrial y triplican el de un director de escuela, mientras en secreto se elevan los propios sueldos militares a partir de febrero en un 120 %, prueban que no hay congelación ni desocupación en el reino de la tortura y de la muerte, único campo de la actividad argentina donde el producto crece y donde la cotización por guerrillero abatido sube más rápido que el dólar.

6. Dictada por el Fondo Monetario Internacional según una receta que se aplica indistintamente al Zaire o a Chile, a Uruguay o Indonesia, la política económica de esa Junta solo reconoce como beneficiarios a la vieja oligarquía ganadera, la nueva oligarquía especuladora y un grupo selecto de monopolios internacionales encabezados por la ITT, la Esso, las automotrices, la U.S. Steel, la Siemens, al que están ligados personal-

mente el ministro Martínez de Hoz y todos los miembros de su gabinete. Un aumento del 722 % en los precios de la producción animal en 1976 define la magnitud de la restauración oligárquica emprendida por Martínez de Hoz en consonancia con el credo de la Sociedad Rural expuesto por su presidente Celedonio Pereda: "Llena de asombro que ciertos grupos pequeños pero activos sigan insistiendo en que los alimentos deben ser baratos". (14)

El espectáculo de una Bolsa de Comercio donde en una semana ha sido posible para algunos ganar sin trabajar el cien y el doscientos por ciento, donde hay empresas que de la noche a la mañana duplicaron su capital sin producir más que antes, la rueda loca de la especulación en dólares, letras, valores ajustables, la usura simple que ya calcula el interés por hora, son hechos bien curiosos bajo un gobierno que venía a acabar con el "festín de los corruptos". Desnacionalizando bancos se ponen el ahorro y el crédito nacional en manos de la banca extranjera, indemnizando a la ITT y a la Siemens se premia a empresas que estafaron al Estado, devolviendo las bocas de expendio se aumentan las ganancias de la Shell y la Esso, rebajando los aranceles aduaneros se crean empleos en Hong Kong o Singapur y desocupación en la Argentina. Frente al conjunto de esos hechos cabe preguntarse quiénes son los apátridas de los comunicados oficiales, dónde están los mercenarios al servicio de intereses foráneos, cuál es la ideología que amenaza al ser nacional.

Si una propaganda abrumadora, reflejo deforme de hechos malvados, no pretendiera que esa Junta procura la paz, que el general Videla defiende los derechos humanos o que el almirante Massera ama la vida, aún cabría pedir a los señores Comandantes en Jefe de las 3 Armas que meditaran sobre el abismo al que conducen al país tras la ilusión de ganar una guerra que, aun si mataran al último guerrillero no haría más que empezar bajo nuevas formas, porque las causas que hace más de veinte años mueven la resistencia del pueblo argentino no estarán desaparecidas sino agravadas por el recuerdo del estrago causado y la revelación de las atrocidades cometidas.

Estas son las reflexiones que en el primer aniversario de su infausto gobierno he querido

hacer llegar a los miembros de esa Junta, sin esperanza de ser escuchado, con la certeza de ser perseguido, pero fiel al compromiso que asumí hace mucho tiempo de dar testimonio en momentos difíciles.

Rodolfo Jorge Walsh. - C.I. 2845022

Buenos Aires, 24 de marzo de 1977.

REFERENCIAS

- 1- Desde enero de 1977 la Junta empezó a publicar nóminas incompletas de nuevos detenidos y de "liberados" que en su mayoría no son tales sino procesados que dejan de estar a su disposición pero siguen presos. Los nombres de millares de prisioneros son aún secreto militar y las condiciones para su tortura y posterior fusilamiento permanecen intactas.
- 2- El dirigente peronista Jorge Lizaso fue despellejado en vida; un ex diputado radical, Mario Amaya, muerto a palos, el ex diputado Muñoz Barreto, desnucado de un golpe. Testimonio de una sobreviviente: "Picana en los brazos, las manos, los muslos, cerca de la boca cada vez que lloraba o rezaba... Cada veinte minutos abrían la puerta y me decían que me iban a hacer fiambre con la máquina de sierra que se escuchaba".
- 3- "Cadena Informativa", mensaje N° 4, febrero de 1977.
- 4- Una versión exacta aparece en esta carta de los presos en la Cárcel de Encausados al obispo de Córdoba, monseñor Primatesta: "El 17 de mayo son retirados con el engaño de ir a la enfermería seis compañeros que luego son fusilados. Se trata de Miguel Ángel Mosse, José Svaguza, Diana Fidelman, Luis Verón, Ricardo Yung y Eduardo Hernández, de cuya muerte en un intento de fuga informó el Tercer Cuerpo de Ejército. El 29 de mayo son retirados José Puchet, y Carlos Sgadurra. Este último había sido castigado al punto de que no se podía mantener en pie, sufriendo varias fracturas de miembros. Luego aparecen también fusilados en un intento de fuga".
- 5- En los primeros 15 días de gobierno militar aparecieron 63 cadáveres, según los diarios. Una proyección anual da la cifra de 1.500. La presunción de que puede ascender al doble se funda en que desde enero de 1976 la información periodística era incompleta y en el aumento global de la represión después del golpe. Una estimación global verosímil de las muertes producidas por la Junta es la siguiente. Muertos en combate: 600. Fusilados: 1.300. Ejecutados en secreto: 2.000. Varios: 100. Total: 4.000.
- 6- Carta de Isaías Zanotti, difundida por ANCLA, Agencia Clandestina de Noticias.
- 7- "Programa" dirigido entre julio y diciembre de 1976 por el brigadier Mariani, jefe de la Primera Brigada Aérea del Palomar. Se usaron transportes Fokker F-27.
- 8- El canciller vicealmirante Guzzeti en reportaje publicado por "La Opinión" el 3-10-76 admitió que "el terrorismo de derecha no es tal" sino "un anticuerpo".
- 9- El general Prats, último ministro de Ejército del presidente Allende, muerto por una bomba en setiembre de 1974. Los ex parlamentarios uruguayos Michelini y Gutiérrez Ruiz aparecieron acribillados el 2-5-76. El cadáver del general Torres, ex presidente de Bolivia, apareció el 2-6-76, después que el ministro del Interior y ex jefe de Policía de Isabel Martínez, general Harguindeguy, lo acusó de "simular" su secuestro.
- 10- Teniente Coronel Hugo Ildebrando Pascarelli, según "La Razón" del 12-6-76. Jefe del Grupo I de Artillería de Ciudadela. Pascarelli es el presunto responsable de 33 fusilamientos entre el 5 de enero y el 3 de febrero de 1977.
- 11- Unión de Bancos Suizos, dato correspondiente a junio de 1976. Después la situación se agravó aún más.
- 12- Diario "Clarín".
- 13- Entre los dirigentes nacionales secuestrados se cuentan Mario Aguirre de ATE, Jorge Di Pasquale de Farmacia, Oscar Smith de Luz y Fuerza. Los secuestros y asesinatos de delegados han sido particularmente graves en metalúrgicos y navales.
- 14- "Prensa Libre", 16-12-76.



MATERIAL DE DISTRIBUCIÓN GRATUITA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MORENO / DIRECCIÓN DE COMUNICACIÓN INSTITUCIONAL
CONTACTO Y COLABORACIONES: lagazeta@unm.edu.ar
EDICIÓN DIGITAL: www.unm.edu.ar/lagazeta

Av. Bartolomé Mitre NO 1891 (B1744OHC) Moreno,
Provincia de Buenos Aires, República Argentina.

Teléfonos:

(0237) 466-7186 / 1529 / 4530

(0237) 488-3151 / 3147 / 3473

(0237) 425-1786 / 1619

(0237) 462-8629

(0237) 460-1309

interno : 146